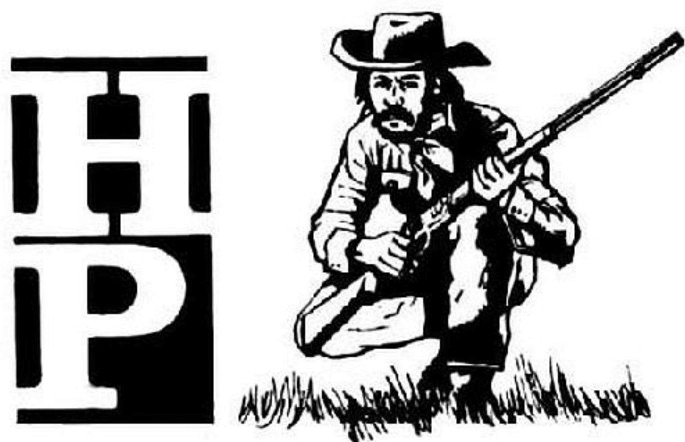


Keith Luger



CON EL NOMBRE DE OTRO



HEROES DE LA PRADERA





Keith Luger

CON EL NOMBRE DE OTRO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 524
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 37558-1979

Impreso en España -Printed in Spain

3ª edición: enero, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El tableteo de los disparos de rifle y pistola formó un coro de estampidos que amenazaba taladrar los tímpanos.

Alan Stone, *sheriff* de Buma City, de cincuenta años, gateó por detrás de las cajas de embalaje con el rifle en la mano y gritó a voz en cuello para hacerse oír por encima de las detonaciones:

—¡Tirad contra las dos ventanas de en medio, maldita sea! ¡Y que nadie sea tan estúpido de asomar la cabeza…!

Quiso agregar algo más, pero otra serie de estruendos le dejó con la palabra en la boca.

Entonces escupió un juramento y entró a cuatro patas en el bar de Sammy.

Se acercó al mostrador, dando la sensación de que galopaba, y volvió a gritar, alargando el cuello hacia el mostrador.

—¡Ponme un *whisky*, Sammy! ¡Estoy con la boca seca!

Sammy, el dueño del local, apareció por la trampilla del mostrador, también a cuatro patas, y ya traía la botella en la mano.

Los dos hombres se juntaron sin intentar ponerse en pie.

Alguna bala perdida entraba ocasionalmente y se clavaba en las puertas de los lavabos, situados al fondo de la sala.

El *sheriff* tomó la botella, la destapó y bebió un par de buenos tragos.

Entretanto, el gordo Sammy carraspeó con un dejo de temor en la voz:

—¿Hasta cuándo va a durar esto, *sheriff*?

Stone masculló una maldición.

—Esos bastardos… —dijo entre dientes—. No sabes lo que me gustaría cogerlos vivos.

Sammy se humedeció los labios y apartó la escupidera para

sentarse cómodamente en el suelo.

—Canastos, *sheriff*. Nunca han dado más trabajo un par de fulanos atrincherados en una casa.

Stone secóse la boca con un impulsivo manotazo.

—Es que son una pareja de forajidos hechos a la medida. Lo tienen todo. Listos como ellos solos y, además, una puntería de mil diablos.

Sammy carraspeó.

—Menos mal que no han matado a nadie.

—Por poco —rezongó el *sheriff*—. Pero todos tenemos los sombreros agujereados.

No nos dejan asomar ni un pelo.

Sammy soltó una carcajada nerviosa.

El *sheriff* lo miró, furibundo.

—¿De qué infiernos te ríes, imbécil?

El gordo del bar sacudió la papada, quedando serio de un golpe.

—No se enfade, *sheriff*. Me estaba diciendo que fui un tipo listo cuando les eché el ojo. Por muy avispados que sean, yo les he dado ciento y raya cuando los vi entrar a beber esta mañana y los entretuve mientras le daba a usted el soplo. Les vi algo sospechoso.

—No estuviste mal —mascullό el *sheriff*—. Pero se las ingeniaron para enredarme con palabras y, cuando estaba descuidado, el grandullón me puso una zancadilla.

Sammy se rascó la patilla.

—Menos mal que desacertaron la huida al colarse en ese viejo hotelucho. Están copados.

Un par de balas entraron zumbando como dos peligrosos moscardones.

Stone y Sammy se apretaron contra el mostrador, en un gesto instintivo.

—Te juro que, si se me escaparan, presentaría la dimisión, Sammy.

El gordo sacudió la cabeza.

—Los cogerá, *sheriff*. No se le pueden escapar, por muchas triquiñuelas que intenten.

—Cuando los tenga en las manos, sabrán lo que es bueno. Les haré cantar a coro y me dirán con música dónde escondieron el botín y quiénes estaban asociados con ellos en el atraco.

Otro proyectil rebotado pasó rozando el suelo y dejó coja una silla de la mesa de póquer.

Sammy emitió un quejido.

—Voy a esconderme por ahí dentro, *sheriff*. Incluso aquí estamos en peligro.

Luego chascó la lengua y gateó hacia la puerta, mientras Sammy hacía lo mismo en dirección a la trastienda.

Entonces alguien se movió en una de las mesas.

Stone frunció el entrecejo haciéndose cargo del que el bar no estaba totalmente desprovisto de clientes.

Un sujeto rubio, bien vestido se hallaba repantigado en una silla apoyada en la pared y tenía los pies cómodamente sobre una mesa.

—¿Cuándo voy a poder escaparme de este infierno, *sheriff*? —preguntó.

Stone frunció el entrecejo, haciéndose cargo del cliente.

—¿De dónde sale usted?

El rubio se llevó un vaso a los labios y probó el licor.

—Soy el doctor Hillman y estaba por aquí de paso cuando me sorprendió el tiroteo.

—Un doctor, ¿eh?

Stone correteó hacia él, apoyando las manos en el suelo.

Cuando llegó a la silla, junto al médico, se cercioró de que estaba fuera de la línea de tiro.

—¿Por qué no sale por la puerta trasera y sigue su camino?

El doctor Hillman contuvo un bostezo y clavó las verdes pupilas en el rostro del *sheriff*.

—Da la casualidad de que tengo el coche y el caballo en la acera de ahí enfrente. No quiero exponerme a recibir un balazo.

—Entiendo —gruñó Stone.

—Oiga, *sheriff*. Esto es muy irregular. En una ciudad importante esta situación habría sido resuelta en pocos minutos.

—Quiere decir que somos unos palurdos, ¿eh?

—Quiero hacerle saber que tengo un par de mellizos a la vista, y es necesario que me ponga en marcha. ¿Cuándo va a desalojar a esos delincuentes?

El de la placa contuvo una imprecación, pasándose la mano por la boca.

—¿Cree que los tengo ahí por mi gusto, infiernos? Sepa que en

cuanto los coja, la gente empezará a hablar de mí. Son los que asaltaron la Caja de Préstamos de Cockville. Se lo digo para que comprenda que no son simples ladrones de gallinas.

El rubio cruzó las piernas sobre la mesa.

—¿Qué hizo esa gente?

Stone soltó un salivazo.

—Uno se llama Ray Winters y el otro Mark Damon. Hace un par de semanas se dejaron caer por Cockville y la Caja de Préstamos fue despojada de diez mil dólares.

—Apuesto a que se introdujeron pistola en mano y saquearon la caja. Ahórrese la historia, *sheriff*. Tengo mucha prisa.

—Se equivoca con lo de las pistolas, doctor. Éstos utilizaron un cañón granífugo.

El doctor Hillman levantó las cejas.

—¿Se refiere a que entraron en la Caja con uno de esos cañones que sirven para alejar las tormentas de granizo?

El representante de la ley hizo una mueca de pesar.

—No, exactamente —miró a Hillman—. ¿Oyó hablar del daño que ocasionan los pedriscos en los campos de algodón, doctor?

—Es del dominio público.

—Pues bien, ese par de «puntos» apareció por Cockville y propuso a las autoridades emplear un cañón especial cuya descarga contra las nubes de granizo hizo la virtud de dejar un día claro y despejado.

—Continúe.

—Los dos tipos montaron el cañón en las afueras del pueblo y esperaron a que la gente estuviera allí reunida para presenciar el prodigio.

—Lo veo ya venir.

—Sin embargo, nadie se lo olió entonces, doctor. Los tipos pegaron fuego a la mecha y soltaron el cañonazo contra las negras nubes. Hubo un momento de espera y tensión. De repente las nubes ondearon…

—Se diluyeron y entonces alguien de la banda dio el golpe.

Stone arrugó la boca.

—Las nubes continuaron en el sitio y de repente empezaron a caer piedras. Las mayores piedras que se habían visto en Cockville. Algunas pesaron dos libras.

—¿Qué hicieron los dos sujetos?

—Pusieron los pies en polvorosa y la gente trató de cazarlos, pero fue en vano. Al regresar al pueblo con las manos vacías, se dieron cuenta de la triquiñuela. La Caja de Préstamos había sido robada por otros tres sujetos de la misma banda. Los tipos del cañón deben ser los jefes y se ingeniaron ese señuelo para atraer a la gente. Cuando la tuvieron embobada, sonó la hora clave y el resto de la banda actuó a sus anchas en la Caja. Incluso los empleados estaban en la puerta contemplando el «prodigio».

—Fue un buen juego.

Stone apuntó hacia la puerta por donde acababan de entrar dos píldoras de plomo.

—Eso le dará una idea de quiénes son los tipos que por fortuna tenemos acorralados.

Las palabras del *sheriff* fueron subrayadas por unos estampidos escalonados que sonaron acompasadamente con rotura de cristales.

Stone se dejó caer al suelo, poniéndose a gatas.

—Mucho gusto, doctor. Trataré de abreviar la situación. Tenga paciencia. Esos bastardos…

Se dirigió a la puerta, correteando con manos y pies.

El rubio chascó la lengua.

—Un momento, *sheriff*.

Stone volvió la cabeza.

—No puedo entretenerme, doctor.

—Se me acaba de ocurrir un truco para atrapar a esa gentuza.

Stone levantó el labio superior en un gesto de cansancio.

—Doctor, sea bueno. Ya son diecisiete los que me han abordado con ideas deslumbrantes para acabar con la pareja.

El rubio hizo un gesto con el dedo.

—Acérquese, *sheriff*.

—Oiga…

—Le repito que se acerque. Después de escucharme dos palabras verá que he dado en el clavo. De paso probará este *whisky* especial.

Stone respiró cansadamente, pero inició un trote lento de regreso hacia el doctor.

Hillman apuntó a una botella de gran tamaño que tenía sobre la mesa.

—Sírvase un trago y escuche.

Stone se pasó la lengua por los labios, al comprobar que el licor tenía un color agradable.

Tomó un vaso y lo llenó, mientras permanecía agazapado al pie de la mesa.

—Suéltelo mientras bebo, doctor. Tengo prisa por modificar las posiciones de los hombres.

Se llevó el vaso a los labios y al primer sorbo escupió ruidosamente y tosió, llevándose las manos a la garganta.

—¡Que me ahorquen! ¡Qué clase de *whisky* es éste, maldición!

El rubio se echó atrás en la silla y sonrió.

—No es *whisky*, *sheriff*.

Stone se golpeó el pecho, tratando de recobrar la respiración que le faltaba por momentos.

—¿Entonces qué demonios es? —rugió.

—Es cloroformo.

El *sheriff* Stone abrió los ojos y de pronto soltó una dentellada en el aire.

—¡Condenación, matasanos! ¿Es que cree que va a tomarme el pelo?

—No se dispare, *sheriff*. Eso no daña a nadie.

—¡Usted…, usted, Hillman! ¡Va a acordarse…!

—¡Cállese, *sheriff*!

Stone resolló con las fauces entreabiertas.

El doctor Hillman sonrió para aplacarlo.

—Era de lo que quería hablarle, *sheriff*. Voy a subir a ese hotelucho y atraparé a esos dos en un abrir y cerrar de ojos.

Stone ladeó la cabeza y pestañeó, tratando de comprobar si le estaban tomando el pelo.

—Hillman —dijo a través de los dientes—. No me gustaría vérmelas con usted. ¿Qué clase de broma es ésta?

El rubio apuntó a la botella.

—Subiré al hotel con la botella bajo la levita. Ellos me verán desarmado y creerán que soy un mensajero con negociaciones. Cuando esté en el mismo cuarto, les largaré un poco de historia y dejaré caer la botella. Yo contendré la respiración y ellos se vendrán abajo en cuanto aspiren el anestésico. Entonces me asomaré y les diré a ustedes que ya está todo listo.

Stone batió las mandíbulas y por fin se llevó una mano al cogote

para rascarse enérgicamente.

—Qué me emplumen si no parece una de las bromas que se gastaban en el día de San Nicolás.

Hillman apuró su vaso lleno de verdadero *whisky*.

—Estoy seguro de que no va a fallar.

Stone lo apuntó con un dedo.

—¡Doctor, no respondo si le agujerean el pellejo!

—Usted sólo tiene que anunciarles que se trata de negociaciones y que yo subiré a pactar con ellos.

—¿Y si lo atrapan como rehén? Apuesto a que esperan que se les acerque alguien para escudarse en él.

Hillman sonrió con unos dientes muy blancos.

—También cuento con eso. Si me echan mano como rehén dejaré caer la botella con más facilidad. Le aseguro que quedarán tiesos. ¿Dan alguna recompensa?

Stone se rascó la barbilla, entretenido en darle vueltas a la descabellada idea.

—Quinientos —rezongó.

—Ajá —hizo Hillman—. Me vendrán muy bien para el fondo del nuevo hospital que pienso levantar en Los Prados. Aquellos pobres mexicanos lo necesitan.

Stone se estremeció, sobresaltado al oír unas ráfagas ensordecedoras en la calle, que indicaban un recrudecimiento del fuego.

—Bien, doctor. Pero que me ahorquen si me entusiasma la idea. Hay algo en el fondo que no me gusta.

Hillman se agachó hacia el suelo y palmeó al *sheriff*.

—Ya verá cómo sale todo redondo. No cuesta nada probarlo.

—Si los tipos se dan cuenta de que les está endilgando gases adormilantes, tendrá un disgusto, doctor.

—Caerán dormidos como dos leños. Se lo aseguro, *sheriff*.

Stone profirió un gruñido.

—Andando, doctor. Pero si se lleva un susto, luego no me diga que no se lo he advertido.

—Todos tenemos que arriesgarnos un poco en favor de la ley.

Hillman se echó al suelo, quedando a gatas junto al *sheriff*, y alargó la mano para atrapar la botella de cloroformo.

Los dos hombres trotaron hacia los batientes.

Al salir a la calle se atrincheraron detrás de las cajas de embalaje.

Stone hizo un gesto con la mano.

—¡Alto al fuego! ¡Quietos los gatillos!

El coro de estampidos enmudeció.

Los hombres a las órdenes del *sheriff* lo miraron con sendas expresiones de intriga.

El representante de la ley hizo tornavoz con las manos:

—¡Winters, Damon…! ¿Me oyen?

Una voz bien modulada contestó desde el hotelucho:

—Estupendamente, *sheriff*. Tiene usted voz de barítono.

Stone ahogó una maldición.

—¿Se da cuenta, Hillman? —dijo al doctor a su lado—. Son un par de caraduras que se ríen del peligro. ¡Winters, Damon! ¡Quiero pactar con ustedes!

La voz de Winters volvió a sonar:

—¡De entregarnos ni lo piense! ¡Nos entran ganas de reír! ¡Hemos visto a varios tipos con una soga entre las manos!

—¡Será mejor que escuchen al doctor Hillman! —retrucó el *sheriff*—. ¡Llegaremos a un acuerdo!

En el hotelucho se produjo un silencio.

—¡De acuerdo, *sheriff*! ¡Empuje a ese matasanos hacia aquí y tendremos un rato de cháchara con él! ¡Mi compañero necesita un calmante porque se está retorciendo de risa!

—Bien, Winters. Ahí se lo envío. Nada de tiros ahora.

Winters hizo un sonido ronco con la boca que al *sheriff* le sonó a puro sarcasmo.

—¡No se pase de listo, *sheriff*! Si el matasanos lleva una pistola escondida, Mark lo volverá del revés como un calcetín. Desde chico que no le gustan los doctores.

Stone apretó los puños y los dientes.

—Maldita sea —rezongó en voz baja—. Hillman, si eso no diera resultado…

El rubio sonrió.

—Tranquilícese, *sheriff*. Los tendrá en bandeja.

—Buena suerte, doctor.

Hillman se puso en pie y dio la vuelta a las cajas.

Hubo un momento de sensación en la calle.

El doctor atravesó lentamente la calzada, los ojos puestos en las taladradas ventanas del hotel, donde no había ni un cristal entero.

Por fin entró en el desierto vestíbulo y desapareció de la vista de todos.

El *sheriff* Stone tragó saliva y su nuez bajó y subió.

Un penetrante silencio se extendió por toda la calle.

Los segundos corrieron lentamente.

De pronto, el doctor Hillman apareció, sonriente, en la ventana del hotel y sacudió una mano, saludando a los que le miraban.

—¡Duermen como dos benditos! —anunció.

Y sus palabras fueron coreadas por un rugido de entusiasmo al tiempo que todos salían de los parapetos.

CAPÍTULO II

Primero sacaron a Ray Winters.

Iba sostenido por dos tipos fornidos, que lo tomaban de los pies y la cabeza.

Winters estaba por los veintiocho años, era moreno, con mucha musculatura y nada de grasa. Tenía los ojos cerrados y en su rostro aparecía una expresión beatífica.

Otros dos fulanos acarrearon a Mark Damon y sudaron para mantenerlo en vilo.

Damon pasaría de los cien kilos. Tenía grandes orejas y manazas peludas como las de un oso. Estaba tieso como un palo y roncaba ruidosamente, con la boca abierta de par en par.

El *sheriff* danzó de un lado a otro para contener al público que formaba un pasillo.

—¡Todo el mundo las manos quietas! ¡Ya les daremos lo que merecen!

Se escucharon varios rugidos de impaciencia.

El doctor Hillman recibía las calurosas ovaciones de los vecinos de Buma City, y al mismo tiempo acercó el vehículo, haciendo recular a los caballos.

—Aquí. Póngalos aquí, *sheriff*.

Un tipo exaltado se acercó con un «Colt» para incrustarlo en la cara de Damon.

El *sheriff* se arrojó sobre él.

—¡Infiernos, he dicho que las manos quietas! ¡De todos modos, no sentirían nada!

¡Están completamente inconscientes!

Hillman tosió.

—Será mejor que vayamos a su oficina, *sheriff* —dijo en medio

del griterío—. Mi paciente espera.

Stone cabeceó y el vehículo se puso en marcha, en medio de un alboroto general y los vítores al doctor Hillman.

Al llegar frente a la oficina, el *sheriff* entró rápidamente y después de impartir órdenes a su par de ayudantes, salió con un fajo de billetes y el rostro resplandeciente.

—¡Doctor Hillman…! —dijo—. ¡Todo el pueblo de Buma City le da la enhorabuena y le desea que emplee bien este dinero en el nuevo hospital de Los Prados! ¡Un aplauso para el doctor, vecinos…!

Se produjo un rugido de entusiasmo para celebrar las palabras del *sheriff*.

Stone apuntó a los dos tipos desvanecidos.

—¡A la celda con ellos, muchachos! ¡No podemos hacer esperar más al doctor!

Varias manos fueron a caer sobre los cuerpos de Winters y Damon. Pero antes de que pudieran sacarlos, el vehículo del doctor dio un sacudón hacia adelante.

El caballo relinchó con fuerza y arrastró el carruaje con tremenda violencia.

Varios tipos se aprestaron a detener a la caballería pero salieron hacia atrás para evitar ser atrapados.

Se produjo un desconcierto general.

El *sheriff* Stone abrió la bocaza de par en par y rugió con una voz desconocida, que se impuso por encima del desorden:

—¡Detenedlo! ¡Hagan algo, infiernos!

El rubio causó cierta sorpresa cuando, en vez de intentar dominar el caballo, lo golpeó repetidas veces con la fusta.

Animal y vehículo se convirtieron en un borrón semejante a un bólido que atravesó la calle principal en un abrir y cerrar de ojos.

Hillman volvió un par de veces la cabeza y se dio cuenta de que el *sheriff* ordenaba rabiosamente la persecución.

El vehículo crujió al doblar la esquina sobre dos ruedas, pero Hillman era muy diestro con las riendas. Después de las acrobacias, consiguió restablecer el equilibrio y lanzarse con renovadas energías.

Mantuvo el mismo ritmo de marcha durante diez minutos y, al volver la cabeza, gruñó satisfecho al ver que estaban en medio de

un descampado, sin nadie a la vista ni el menor ruido de persecución.

Buscó unos matorrales y pasó por detrás de ellos, deteniéndose el carruaje.

Entonces se revolvió en el pescante y sonrió echándose el sombrero hacia atrás.

—Ya podéis salir, muchachos. Estamos fuera de peligro.

Kay Winters y Mark Damon se incorporaron a un tiempo.

—El truco del doctor no se me olvidará nunca, Phil —dijo Ray, sonriente—. Has estado estupendo.

El fornido Mark Damon se enjugó el sudor que le empapaba la cara.

—Lo que no se me olvidará a mí será el atolladero en que nos hemos visto. Gracias a que tenemos quinientos «pavos» a repartir.

Ray sonrió y extendió la mano.

—Vamos, Phil. Trae para que haga las partes.

El rubio Phil Hillman arrugó la cara.

—Eh, chicos. Creí que el dinero era para mí. Bastante tenéis con que os he sacado las castañas del fuego.

Ray chascó la lengua.

—Pero has necesitado también nuestra colaboración. Hicimos un buen papel de cloroformizados. Vamos, escupe la «pasta».

Hillman torció la boca y dijo con desgana:

—Maldita sea. Esto es lo que se gana con ayudar a los amigos.

—Estamos sin blanca y somos un par de fugitivos, Phil —agregó Ray, moviendo los dedos para reclamar el dinero.

Hillman sacó el fajo de billetes con evidente desconsuelo.

Hechas las tres partes, Ray se quedó con la suya y la de Mark, entregando el otro tercio a Phil Hillman.

Ray respiró pleno de satisfacción y volvió a mostrar los blancos dientes en una sonrisa.

—Hasta la vista, Phil. Palabra que no olvidaremos nunca lo que has hecho por nosotros.

Mark y Phil se miraron con las bocas abiertas.

El primero se pasó la manaza por la cara.

—Eh, Ray. ¿Es que no vamos a seguir el viaje juntos?

Ray sacudió la cabeza.

—No, muchachos. Tú y yo nos volvemos.

—¿Cómo? —Galleó Mark.

—Vamos a regresar al pueblo por el otro lado.

El hombrón retrocedió, con el espanto pintado en el rostro.

—¡No cuentes conmigo para esa excursión, Ray!

—Tenemos que hacerlo, muchacho. Recuerda que vinimos a este poblado en busca de esa gentuza que echó barro sobre nosotros. El bastardo Jim Anderson y sus dos secuaces se aprovecharon de nuestro cañón «granífugo» para dar el golpe en la Caja de Préstamos, y eso no se me olvida.

El rubio Hillman intervino, sonriendo con amargura:

—Y tú te propones «pescarles» y aclarar las cosas, ¿eh, Ray?

Phil enseñó la dentadura con aprensión.

—Jamás te creí tan loco, muchacho. Sois dos tipos marcados. En cuanto asoméis el hocico, el de la placa os echará el guante. Y entonces no valdrán cloroformos.

Mark gimoteó.

—¡Explícaselo bien, Phil! ¡Tiene la cabeza tan dura que es capaz de volver!

Ray pegó una palmada en la espalda de Damon.

—Mark —dijo—. Tú sabes que hicimos un largo recorrido con ese objeto.

—¡Pero nos salió mal, muchacho! ¡Fuimos nosotros los acorralados y mira qué hubiera pasado si el bueno de Phil Hillman no saca el as de la manga!

—Esta vez andaremos con más tiento.

El rubio Phil le dedicó una ojeada de amargura y curvó los labios hacia abajo.

—Si vuelves a las andadas, sólo me queda por decirte una cosa: R. I. P.

Ray sonrió a los dos hombres.

—Vamos, chicos… nada de ponerse fúnebres. Nos saldrá redondo.

Hillman aspiró aire profundamente.

—Bien, Ray. Quería daros una sorpresa pero os lo tendré que decir.

Ray lo observó con fijeza.

—¿De qué se trata?

—Tengo un estupendo negocio a la vista.

Mark soltó una nerviosa carcajada y palmeó a Ray.

—¿Lo estás oyendo? El bueno de Phil nos tenía preparado un buen bocado. Por eso nos ha sacado del fuego en que nos cocíamos.

Ray no quitaba los ojos de encima del rubio.

—Escupe.

Hillman se pasó un dedo por debajo de la nariz a modo de preámbulo.

—Allá va, chicos. Tenemos un buen montón de dinero al alcance de la mano, y aquí mismo está la clave para conseguirlo.

Ray entornó un ojo.

—¿Qué clave es ésa, Phil? No hace falta que te digamos que estamos sobre ascuas.

Phil Hillman se apartó el pelo rubio que le caía sobre la frente y sonrió mirando la cara del corpulento Mark.

—Las orejas de Mark.

El hombrón soltó un respingo y se llevó las manos a los pabellones auriculares.

—¿Qué diablos pasa con mis orejas?

Ray chascó la lengua.

—Phil, muchacho; no estamos para bromas.

El rubio continuó con la sonrisa en los labios.

—¿Te has fijado en las orejas de Mark, Ray?

El joven moreno observó al aludido.

—Un poco grandes, no mucho, Phil. Pero que me ahorquen si veo cómo podemos sacar dinero de esas aletas.

—¡Canastos! ¡Nadie se ríe de mis orejas! ¿Lo habéis oído?

Phil alargó una mano y tiró del largo lóbulo de la oreja de Mark Damon.

—Fíjate bien, Ray. Tiene el lóbulo romboidal.

—Ujú —hizo Winters, pensativo.

Phil sacudió la blonda cabeza y continuó:

—Ese lóbulo de Mark puede valernos miles y miles de dólares.

Damon escupió nuevamente.

—¡Maldita sea! ¡No es momento para reírse de mis abanicos! ¡Tenemos al *sheriff* sobre nuestro olor y para postre hemos cobrado un buen pellizco! ¿Qué es lo que hacemos aquí?

Ray le impuso silencio con un gesto.

—No pensarás que nadie pague dinero en una feria por verle ese

par de morcillas arrepolladas, ¿eh, Phil? ¿Qué te cueces?

El falso doctor cabeceó satisfecho, con el mismo gesto del que ha conseguido atraer el interés.

—Hay una herencia que está esperando a un tipo con una oreja especial.

Hubo un largo silencio.

Ray lo aprovechó para escuchar una probable persecución, pero todo estaba tranquilo.

—¿Una herencia a cambio de una oreja, Phil?

—Sí, chicos. En el condado de Bedford, concretamente en Fast Hill hay depositada una herencia que será entregada al heredero del fallido Albert Carrol. El tipo murió, dejando una bonita suma. Cincuenta mil dólares, producto de la venta de sus bienes. Tenía el riñón bien cubierto.

Ray tosió.

—¿Dónde asoma la oreja en el asunto?

Phil se aclaró la voz:

—Ahora voy a ello, muchachos. Cuando el juez Patrick, nombrado albacea testamentario por Albert Carrol, abrió el pliego de la herencia de Carrol, todos se quedaron de muestra. Resultó que Carrol tenía un hijo. El muchacho hacía tiempo que estaba lejos de su padre. Tal vez debió ser entregado a alguien para su custodia. De pronto, se plantearon serias dificultades para encontrar al hijo de Carrol. No obstante, el pliego de Albert Carrol daba datos para su identificación. El chico prometía ser corpulento y, además, tenía algo especial que le hacía distinto al resto de los chicos.

—Las orejas —apuntó Ray.

—La oreja —rectificó Phil—. Y especialmente el lóbulo de la izquierda. El pequeño Carrol tenía un agujerito debido a una agudísima punta de flecha que lo alcanzó cuando los antiguos ataques de los comanches a las haciendas. El taladro en el lóbulo era perfecto, justo en el centro.

Ray se rascó el labio superior.

—¿Algo así como un agujero para pendiente?

—Mayor. Como esas perforaciones que se hacen algunos filibusteros para llevar un aro.

—Continúa Phil. Ya me está picando el lóbulo.

El rubio respiró muy hondo.

—Bien, el juez hizo una descripción muy detallada del lóbulo del pequeño Bert Carrol, seguro de que nadie puede presentar algo semejante, si no es el verdadero hijo. Al olor de la herencia no hay tiempo para que ciertos desaprensivos se perforen la oreja y acudan a cobrar. El taladro tiene una antigüedad en la cicatriz imposible de lograr…

—Pasa eso por alto —apremió Ray.

—Bien, chicos. El asunto lo tengo al corriente porque me lo ha explicado un viejales de Fast Hill que empezó a asegurar que conocía al pequeño Bert.

—Apuesto a que nadie le hizo caso —observó Ray, y se apoyó en el respaldo del carruaje, mientras Damon estaba ojeando de continuo el horizonte.

Phil continuó:

—No le prestaron mucha atención, excepto yo. Lo invité a un par de tragos y se le soltó la lengua Él dice que sabe ciertos procedimientos especiales para taladrar una oreja y hacerla pasar como la del pequeño Bert.

En aquel momento, Mark Damon se tocó el lóbulo y dijo con un gruñido:

—Ya lo veo todo claro. No me interesa, chicos. Abur.

Se empezó a descolgar del vehículo, pero Ray le re tuvo por un brazo.

—Espera, Mark. Ahora es cuando viene el golpe de risa.

Mark enseñó una dentadura caballuna e hizo un gesto de pesadumbre.

—No contéis conmigo, muchachos. A mí nadie me taladra el lóbulo.

Phil observó a Ray.

—Te aseguro que la oreja de Mark es de las que el viejo de marras asegura que podría hacer un trabajo primoroso. Romboidal. Muy romboidal.

Ray dijo por la comisura de la boca, cuando vio moverse a Mark.

—Quieto. No te comas las uñas.

El hombrón pegó un fuerte puñetazo en el costado del carruaje.

—¿Qué infiernos? —gritó—. ¡No me vais a engatusar para que me agujereen la oreja!

¡Al diablo con todo!

Ray dejó de prestarle atención.

—¿Cincuenta mil, Phil?

El rubio asintió:

—Me quedaré con la mitad y el resto para vosotros dos.

—No es muy equitativo.

—¿Qué es lo que queréis, muchachos? Tengo que darle un buen pellizco al viejo por el trabajo de perforación.

—De acuerdo —asintió finalmente Ray—. ¿Dónde queda Fast Hill?

Mark Damon estalló entonces:

—¡Quiero conservar las orejas como las tengo, condenación! ¡Soy yo el que manda en ellas!

Ray fingió dedicarle una mirada de desprecio.

—¿Qué te pasa, Mark? ¿Tienes miedo de que te abran una ventana en el lóbulo? Cierra los ojos y trata de imaginarte lo que son veinticinco mil para nosotros dos.

—¡No y mil veces no, Ray! ¡Iros al infierno!

Winters hizo un gesto de impaciencia.

—Vamos, muchacho. Lo haría yo, si sirviera. Pero ya has oído a Phil. Se necesita un colgante especial para el agujerito insignificante.

Mark dio un salto, pero Ray y Phil se apresuraron a atraparlo antes de que tocara tierra.

Ray lo amonestó con una dura mirada.

—¿Así pagas nuestros desvelos por ti? Fíjate, Phil. Cría cuervos. Puede darnos a ganar un montón de dinero y mira por dónde se quiere largar.

Mark alargó el cuello.

—¡No quiero que me taladren el lóbulo!

Ray chascó la lengua y lo animó con unas palmaditas en la ancha espalda.

—Bueno, muchacho. Luego te pondremos un anillo de oro que te quedará muy bien.

¡Tendrás para esos lujos!

—¡No quiero aros colgantes!

Ray meneó la cabeza.

—Oye, Mark. Conocía a un tipo que llevaba un colgante de ésos en la oreja. Era mexicano. ¿Sabes una cosa?

—¡No me largues historias enternecedoras!
—Aquel tipo del aro desmayaba a las mujeres con sólo una mirada y un par de movimientos de lóbulo. ¡Ellas caían fascinadas cuando el tipo sacudía el pendiente y les guiñaba un ojo! ¡Estás de suerte!
—¡Agh! —Hizo Mark, y se aferró con fuerza a la barandilla del vehículo.
Phil torció la boca.
—Este tipo tiene la cabeza demasiado dura.
Ray suspiró.
—Siempre llegamos a un acuerdo.
Mark bramó:
—¡No me convencerás otra vez, Ray!
El joven miró al rubio y le hizo un gesto imperceptible de entendimiento.
—Es duro de mollera, Phil. Pero se resiste porque ahora está nervioso con la persecución del *sheriff*…
El rubio Phil se hizo cargo de lo que quería decir Ray y de repente apuntó hacia el horizonte.
—¡Huyamos chicos! ¡Por allá vienen…!
El primero en mirar fue el corpulento Mark Damon.
Entonces, el rubio le percutió el cráneo con fuerza, usando la culata del «Colt».
Mark se puso un poco bizco, y de pronto se vino abajo.
Entonces Phil extrajo el frasco de cloroformo y le echó unas gotas en la nariz. Después levantó la cabeza hacia Ray.
—Bien, muchacho. Cuando despierte, ya tendrá el taladro en el lóbulo.
—Y un montón de dólares nos calentarán la mano…
Phil soltó un respingo.
—¡Huyamos, Ray! ¡Vienen…!
Ray sonrió.
—No hace falta que me embromes a mí. ¿O es que quieres quedarte solito con Mark…?
Pero las palabras del rubio fueron confirmadas por una andanada de plomo que pasó aullando por encima de sus cabezas.
Ray se lanzó de cabeza al interior del coche y se repantigó.
—Levanta el ancla, muchacho —bostezó.

Phil ya no escuchaba. Con su habilidad acostumbrada, hizo arrancar de golpe al vehículo y, después de ejecutar algunas acrobacias en la senda del desfiladero, se esfumaron sin dejar rastro.

CAPÍTULO III

Jim Anderson, de cuarenta años y rostro de facciones cuadradas, abrió la boca de par en par y profirió una risotada que estremeció las paredes del reservado del *saloon* Lorena.

—¿Qué te ha parecido el chiste, muñeca? —Palmeó a la pelirroja que se sentaba sobre su rodilla.

La chica se balanceaba adelante y atrás, presa de la hilaridad.

—¡Muy, muy bueno, Jim…! ¡Ay, pero qué bruto eres!

Anderson se agarró a la chica para no caer.

—¡Pues debías de oír uno acerca de un cañón «granífugo»! ¡Es para morirse de risa, muchacha!

Guiñó un ojo hacia los dos hombres que compartían su mesa.

—¡Éstos saben por dónde voy!

Los dos sujetos que reían con él y ella, acrecentaron las risas.

La chica frunció el entrecejo, risueña.

—Me gustaría oírlo.

Jim acabó de reír poco a poco y le dio otra palmada.

—Éste es sólo para hombres. ¿Verdad, chicos? —Volvió a cerrar un ojo.

Los dos tipos se destornillaron con él.

La pelirroja arrugó el labio.

—¿Quiere decir eso que me largue, pimpollo?

Jim le dedicó una guiñada.

—Luego reanudaremos la serie de los del tartamudo, nena. Ahora esfúmate, que tenemos que hablar de negocios.

La chica se apartó de ellos con un ofendido contoneo.

Jim continuó el alborozo con sus compinches.

Finalmente volvió a hablar, un poco más baja la voz:

—Chicos, cada vez que me acuerdo de la cara que ponía esa

pareja de bastardos enredantes, me troncho, ¿eh, Rojo?

El tipo de cara rubicunda, que estaba más cerca de él cabeceó, divertido:

—Sí, Jim. Y de las dos veces que la pusieron. Cuando los persiguieron después del cañonazo, allá en Cockville, y cuando los atrapó el *sheriff* de Buma City.

Las risas se reanudaron por un rato.

Rojo tomó la palabra:

—Bien, chicos. Creo que esto será inolvidable para nosotros y nos quitará muchos ratos de malhumor con sólo recordarlo. Para postre, a estas horas ya habrán cargado con el muerto.

Jim Anderson asintió, satisfecho.

—Fue una idea luminosa, chicos. Y se me ocurrió sobre la marcha. Cuando vi a Ray Winters husmeando por todos los rincones de Buma City me di cuenta de que iba en busca de nuestro pellejo.

El tipo que estaba junto a Rojo y frente a Jim intervino con voz ronca de diversión:

—Lástima que no nos quedáramos en Buma City para ver el final de esos dos malditos.

Jim pestañeó.

—¿Qué querías más, Tom? Fue suficiente con verlos acorralados en el viejo hotelucho y con los tipos aquellos preparando la cuerda.

Tom gruñó:

—Pero me habría gustado verles pendientes de la soga y pataleando de rabia. Nos daban muy mala vida con eso de meter las narices en nuestros negocios.

Jim Anderson acabó de beber un trago del vaso y lo dejó sobre la mesa.

—Bien, chicos. La verdad es que no me arrepiento de haberlos conocido. Ray Winters y Mark Damon han sido los únicos enemigos que han muerto después de llenarnos el bolsillo atrayendo a la gente con el cañón. ¿Os disteis cuenta de lo fácil que resultó?

—Pan comido —cabeceó Rojo.

Tom se pellizcó la nariz.

—Bueno, vamos a repartir la pasta antes de la despedida. Yo me voy a Kansas.

—Y yo volveré al lado de la mexicana de Yucca —dijo Rojo.

Jim Anderson los miró de hito en hito y finalmente se echó atrás

en la silla para abarcarlos con la mirada de una vez.

—Os avisaré en el momento oportuno para el nuevo golpe. Eso del reclamo para atraer a la gente va dando resultado. Entonces nos valimos de Winters, pero ahora proyecto anunciar en el periódico del poblacho elegido que un profesor del Este hará volar un asno mecánico. Dará el golpe.

Rojo y Tom se partieron de risa.

—¡Eres único, Jim! —Se alborozó Rojo.

Tom se palmeó el pecho para dominar la risa, pero le resultó inútil.

En aquel momento oyeron unos pasos en el desierto *saloon* y después un rumor furtivo al otro lado de las cortinas del reservado.

Jim Anderson hizo una señal a sus compinches, al tiempo que fruncía el entrecejo.

—¿Quién anda ahí?

Una voz bien modulada contestó:

—El fantasma de Ray Winters.

Jim, Rojo y Tom respingaron al mismo tiempo.

Los tres echaron mano a los revólveres.

Sin embargo, el que acababa de hablar no se había hecho visible y continuaba oculto tras las cortinas.

Jim Anderson entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos grietas.

—Todavía no me explico cómo has podido escapar, Ray.

Winters gruñó:

—Me gasté cinco dólares con un brujo de feria. Primero me dijo cómo podía salir de los atolladeros y después me informó de vuestros pasos. También me dijo, cuando salí de Buma City, que os encontraría en este pueblo de la ruta.

Jim sonrió sin ganas.

—Tú nunca pierdes el buen humor, ¿eh, Ray?

—A veces estoy de cara larga, pero llevo encima una pluma de ganso para hacerme cosquillas.

Jim replicó, levantando el «Colt» hacia las cortinas.

—Yo no necesito pluma. Sólo con verte me río.

—Esta vez la tendré que prestar. A los tres. No vais a tener ganas de reír.

Jim abrió la boca y respiró hondo.

—Tenemos un procedimiento. Vamos a tirar los tres a la vez. Seguro que te cazamos con algún plomo. Acto seguido apartaremos las cortinas y alcanzaremos a verte en el último rigodón. Va a ser como en el teatro.

La voz de Ray sonó con resolución:

—Podéis apartar las cortinas. Así será más fácil para todos.

Jim cabeceó, aunque Ray no lo veía.

—Lo hacíamos para darte ventaja, pero, en fin, chico, no se puede ser bueno.

Ray carraspeó.

—Tengo fama de ingrato.

Tom se pasó la lengua por los labios y codeó a Jim Anderson, haciéndole un guiño.

—Bien, vamos a apartar las cortinas y ésa será la señal para hacer fuego. Me da la sensación de que soy pequeñito y jugamos al escondite.

Ray suspiró allí fuera:

—¡Oh, almas candorosas…!

Entonces fue descorriendo repentinamente el telón del reservado.

Los revólveres crepitaron en las manos en una suma ensordecedora de estampidos.

Ray se encogió en el suelo, sin dejar de disparar.

Jim y Tom se pusieron a bailar frenéticamente al sentir el plomo en las entrañas.

De pronto, cesó la danza y se abatieron en el suelo como si acabaran un número de *ballet* ensayado muchas veces.

Rojo gritó con fuerza, apoyadas las manos en el abdomen y se arrugó, cayendo de cabeza.

Ray se quedó inmóvil en el suelo, tendido cuan largo era, y su revólver humeó largo rato.

Finalmente, apoyó una mano y empezó a enderezarse poco a poco.

Se había producido un silencio de muerte.

Ray se incorporó totalmente y aproximóse al caído Rojo.

De pronto, le soltó una patada en las costillas.

Rojo dejó de hacerse el muerto y aulló de dolor.

—¡No quiero morir, Ray…! ¡No quiero…!

—Sólo muere el que se lo busca —replicó, sin dejar de apuntarlo con el arma—. Ponte en pie y cuidado con sacar conejos del sombrero.

Rojo se irguió jadeando y sus ojos estaban fijos en la boca del «Colt».

En aquel instante apareció un joven de cara redonda y ojos azules, ostentando una estrella de *sheriff*.

Ray se dirigió a él y señaló a Rojo:

—Aquí tiene lo que ha quedado. No vale mucho, pero tendrá que conformarse.

El joven *sheriff* sonrió y rascóse la sien con el caño del «Colt».

—Estupendo, señor Winters. Por lo menos este tipo me dirá en qué forros llevan escondidos los dólares de la Caja de Préstamos de Cockville.

—Llévese una guitarra, porque cantará lo suyo.

El *sheriff* contempló admirativamente a Ray Winters.

—Bien, señor Winters. Haré un informe de lo ocurrido y de las declaraciones que me hizo antes. Usted quedará rehabilitado ante la ley.

—Eso es bueno, porque me estaba complicando demasiado la vida.

El *sheriff* asintió:

—Ha sido una buena cosa que usted llegara aquí hace un par de días. No pensaba topar con estos desalmados, y mire por dónde los vio de casualidad. ¿Qué ha venido a hacer en Lorena, señor Winters?

Ray se pasó la uña por debajo del labio.

—Estoy de paso para Fast Hill. El chico grueso que me acompaña se puso repentinamente malo de un grano infecto en la oreja.

—Ya le vi la venda.

Ray inspiró aire.

—Bien, *sheriff*. Apuesto a que la captura de estos fulanos le vale algo. Luego pasaré a cobrar los quinientos que dan de recompensa.

El joven, *sheriff* pestañeó, satisfecho.

—Esta detención me valdrá un aumento de sueldo, que será como anillo al dedo, ahora que soy recién casado.

—Hogar, dulce hogar —suspiró Ray.

En aquel momento entró una bella joven, acompañándose de un grito.

—¡Bob! —exclamó—. ¿Estás bien?

El de la placa la acogió entre sus brazos. Ella sollozó de alegría.

Ray le echó una ojeada a la bella mujer. La recién casada tenía un ajuar muy completo.

El joven *sheriff* puso un acento cariñoso en la voz.

—Vamos, nena. Ya ha pasado todo. Debes acostumbrarte a estas cosas. Juntos correremos un camino muy largo en esta vida.

—¡Oh, Bob!

Éste abrazó a su flamante esposa.

—Cálmate, nena. La vida es una pesada galopada.

Ray se encontró de pronto que estaba de sobra. Dio media vuelta atisbando a la joven esposa y dijo:

—Usted no va descalzo en el camino, *sheriff*.

Pero no le escucharon porque él y ella empezaron a besarse.

Ray subió las escaleras que conducían a las habitaciones superiores.

Al llegar a la puerta número siete entró sin llamar.

El rubio Phil fue el primero en aparecer, muy pálido.

—¡Infiernos, Ray! ¡Después de oír los estampidos, has tardado mucho! Pensé que…

—Aparta esos malos pensamientos.

Bruscamente, se abrió una puerta interior y apareció un anciano, palmoteando de alegría. Era un vejete de barba en punta y nariz curva.

—¡Eureka, señores! —exclamó, y se revolvió apuntando a la puerta por donde había salido—. ¡Miren mi obra de estos dos días!

En el hueco apareció Mark Damon con cara de circunstancias. El esparadrapo que le cubrió la oreja en los dos días había desaparecido y ahora mostraba un perfecto taladro en el lóbulo izquierdo.

Ray se acercó, cejijunto, y observó el lóbulo perforado, sin poder evitar un cabeceo de admiración por el perfecto trabajo. Los ingredientes del viejo, después del pinchazo, habían conseguido un agujero que parecía hecho desde años.

Ray abarcó con una mirada firme a los circunstantes, y su rostro se iluminó en una amplia sonrisa.

—Ahora, rumbo a Fast Hill. Ya somos ricos.

CAPÍTULO IV

El juez Patrick, albacea testamentario del difunto Albert Carrol, entornó los ojillos detrás de los gruesos cristales de los anteojos y acercó el arrugado rostro a la oreja de Mark Damon.

El agujero era perfecto y parecía cicatrizado desde la niñez del sujeto.

El juez tiró en varios sentidos del lóbulo de Damon y, finalmente se incorporó, inspirando profundamente.

Ray Winters fue el primero en hablar, y lo hizo con una luminosa sonrisa:

—Ajajá, juez Patrick. ¿Dónde van a pagarnos? Eh… quiero decir hacernos entrega de la fortuna de Bert…

Patrick examinó con ojo crítico a los dos hombres que estaban delante de él.

Se desprendió de los anteojos y los movió al compás de sus escogidas y lentas palabras:

—Bien, señores. Como pueden imaginarse, en estos casos en que una identificación depende únicamente de un lóbulo perforado, hay que atender a toda clase de formalidades. Voy a explicarme con más claridad.

Ray guiñó un ojo.

—Ésa es una excelente idea.

El juez arrugó la nariz.

—Quiero decir que tendremos que hacer una comprobación médica.

—Berty está sano como una manzana, señoría.

Patrick volvió a arrugar el apéndice nasal, cosa que le estaba ocurriendo involuntariamente desde que recibió a los dos forasteros.

—Me veo en la necesidad de que el doctor revise concienzudamente ese lóbulo.

Mark Damon palideció, pero alcanzó a disimularlo con un gruñido. No había abierto la boca desde la entrada en el despacho, dejando todo el gasto de la conversación a Ray.

Winters rió sonoramente.

—Usted quiere decir que podría haber matute y solamente un médico dirá la última palabra.

—No son las frases que corrientemente empleo yo. Pero tienen el mismo significado.

Mark Damon continuó callado, pero el cuello de la camisa le vino súbitamente estrecho.

Se lo aflojó.

Ray chascó la lengua, alzando las cejas.

—Bien, señor juez. Voy a llevar a Berty al doctor, y le traeré el resultado de la inspección. Conozco un matasanos en San Zenón.

Patrick carraspeó.

—Tiene que ser un facultativo de esta ciudad señor Winters. He nombrado a Kim Gainor para este caso. Comprendan, no es por suspicacia.

—Oh, no —Ray tosió—. Pura fórmula.

—Así es, señores. Espero que comprendan. Encontrarán a Kim Gainor un par de manzanas más allá.

La puerta del despacho se abrió violentamente y aparecieron el rubio Phil Hillman y el vejete de la nariz curva.

El juez emitió un respingo ahogado.

—¿Qué forma es ésa de entrar aquí, Rodney? —increpó al viejo.

Ray intervino, arrugando la cara:

—¿Quiénes son estos dos tipos, señor juez?

Phil empujó al viejo con gesto triunfal.

Entonces el anciano Rodney abrió los brazos y se lanzó hacia Mark.

—¡Berty! —exclamó—. ¡Ven a mis brazos!

Mark se dejó enroscar por los brazos esqueléticos del abuelo.

Ray sonrió beatíficamente.

Entretanto, el juez Patrick pestañeó, tratando de recobrar el uso de la palabra.

—Un momento, Rodney. ¿Tú conoces a Bert Carrol?

El viejo Rodney se apartó al tiempo que se llevaba un gran pañuelo a los ojos llenos de emoción y, de camino, se sonó ruidosamente.

—¿Conocerlo, juez Patrick? —exclamó—. ¿Cómo no voy a reconocerlo, si lo he tenido tantas veces entre mis brazos?

—¿Estás seguro de que es el hijo de Albert Carrol?

Rodney enrojeció de rabia.

—¿Quién es el mamarracho que lo puede poner en duda? ¡Tiene toda la cara del sinvergüenza de Albert! ¡Mírelo bien, juez! ¡La cara con desparpajo, los ojos sagaces y…!

¿Y qué me dice de las orejas…?

El vejete Rodney se interrumpió en un acceso de risa, que dejó de muestra a los presentes. Apuntó con el dedo a los costados de la cabeza de Mark Damon y todavía se contorsionó más.

—¡Mire esos repollos, señor juez! ¡Son idénticos! ¿Y qué opina del agujero del lóbulo?

—Volvió a cortarse con un estallido de risa que impacientó a Patrick. —¡Cuántas veces le he hecho cosquillas en ese lugar para adormecerlo entre mis brazos! ¡Era lo que más le gustaba! ¿No te acuerdas, eh, Berty, bribón?

Hundió un dedo en el abdomen de Mark quien más pálido que nunca dadas las circunstancias, esbozó una sonrisa que se quedó en mueca amarga.

Ray rió para crear ambiente y le secundó Phil.

Mark abrió la bocaza para no quedar atrás, pero el nerviosismo le hizo proferir un ronquido que sobresaltó a los demás.

Patrick se rascó la monda cabeza y volvió a colocarse los anteojos en el puente de la nariz.

—No saben lo que me satisface que haya aparecido un testigo capaz de identificar al joven Carrol.

Ray se frotó las manos y guiñó un ojo al juez.

—¿Qué le dije yo? El juez Albert ya sabía lo que hacía al exigir ese lóbulo como identificación. Pero eso le confirma mis palabras cuando me presenté. ¡Sí, señor juez! ¡Le repito que Berty ha sido como un hermano para mí! ¡Lo que nos divertíamos de chicos con las caras embadurnadas de betún y haciendo «ahú, ahú» como los comanches!

¡Siempre quería ganar en las pequeñas batallas porque apelaba a

ese agujerito que era como una heroica herida! ¡Ah, lo que somos de niños!

El viejo Rodney entornó un ojo, observando a Ray.

—Tú debes ser aquel arrapiezo que me quitaba los melones y los dejaba huecos otra vez en el melonar para darme el chasco.

Ray rió con ganas.

—¡Cómo me ha echado el ojo enseguida!

Rodney corrió hacia él con fingida ira.

—¡Ahora te lo diré, badulaque!

Ray y el viejo armaron una persecución en torno al despacho, como si recordaran los viejos tiempos, todo en son de broma.

El juez Patrick empezó a sudar copiosamente.

—Por favor, señores… Cálmense.

Rodney y Ray dejaron de correr, sacudiendo las cabezas.

—¡Aquellos maravillosos tiempos del setenta y cinco! —suspiró el vejete.

Mark Damon se sostenía con dificultad en el canto de la mesa del juez. Aquellas comedias tenían la virtud de rebasar la resistencia de sus nervios. Gruesas gotas de sudor cubrían la frente.

Patrick carraspeó con fuerza.

—Bien, señores. Váyanse de una vez… Quiero decir que Carrol se someta a la observación del doctor. Es imprescindible.

Ray se encargó de empujar a sus socios hacia la puerta y lo hizo con cierta brusquedad mientras sonreía, radiante.

—Estaremos de vuelta en un momento, señoría. Ya puede ordenar que nos den el dinero… eh, en billetes menudos.

Cuando Ray tuvo en la calle a su pequeña compañía, cerró la puerta y se reunió con ellos en la primera esquina.

Mark se dejó caer sin fuerza contra la pared de una tintorería.

—Ray… —dijo con un agudo en la voz—. No quiero imaginarme el lío que vamos a tener. El sexto sentido…

Winters palmeó a su amigo con fuerza para infundirle energías.

—¿De qué te quejas, muchacho? Está saliendo de maravilla.

Rodney y el rubio se les unieron.

El rubio había cambiado por completo el gesto. Tenía el rostro sombrío.

—Complicaciones —anunció.

Las respiraciones se cortaron.

Ray quedó silencioso con el ceño fruncido, mientras Phil sacaba un papel azul del bolsillo.

—Lee esto, Ray. Es un telegrama de la esposa del *sheriff* Bob Cleef. Apuesto a que la amante y linda esposa está hecha un mar de lágrimas. ¿Te acuerdas de ella, Ray?

Arrancó el papel de las manos del rubio y leyó:

> «Rojo escapó. Hirió a Bob en la pierna. Dos meses escayolado. Rojo proyecta matar a Ray Winters. Confidencial. Cuidado, Winters,
>
> »Louise».

Las cuatro cabezas de los lectores se levantaron a un tiempo.

Ray tenía los labios muy apretados y los ojos fijos en un punto.

Phil gruñó:

—Veo que te ha impresionado la perspectiva de un ataque por la espalda.

Ray sacudió la cabeza, todavía con los ojos brillantes.

—No, muchachos. Estaba pensando en ese par de tórtolos separados dos meses por la dura escayola. Bob sufrirá mucho. Mucho.

CAPÍTULO V

Un par de horas después, Ray Winters entró en el vestíbulo del doctor Kim Gainor, seguido de Mark Damon, quien volvió la cabeza hacia todos lados con un gesto de aprensión en el rostro.

De repente, se escuchó un aullido espantoso y una de las puertas de la casa se abrió, dejando escapar a un paciente.

El tipo cruzó la sala como una exhalación, atravesó el césped en línea recta y se perdió por un hueco de la valla sin dejar rastro.

Mark tragó saliva.

—¿Qué le habrá hecho ese «matasanos» al desgraciado?

Ray se ladeó el sombrero hacia adelante, a medida que reanudaba el camino.

—Puede que le haya presentado la cuenta.

Una voz dijo desde dentro:

—El siguiente.

Ray se coló, dejando atrás a Mark.

Al ver quién ocupaba el puesto del doctor se quedó de piedra.

Una mujer extendía una receta con letra menuda y dijo mecánicamente, sin levantar la cabeza:

—¿Cuándo comenzó a sentirse mal?

Ray veía parte de ella y empezó a gustarle el panorama.

—¿Yo? Ah, no hace mucho.

Kim Gainor levantó el rostro y se le quedó mirando.

—Nunca le había visto por aquí, señor.

Arrugó el ceño.

Ray Winters tardó un momento en contestar, porque estaba ocupado en otras cosas.

La joven tendría unos veintidós años. Su rostro era un óvalo perfecto, con los pómulos marcados, grandes ojos orlados de largas

pestañas, y las pupilas más negras que Ray había visto en su vida. Ella ostentaba un escote que le restaba gravedad a su profesión, pero que al joven le pareció un detalle muy acertado para tranquilizar a los pacientes.

Entonces ella hizo algo muy bueno en opinión de Ray. Se levantó del sillón y rodeó la mesa.

Winters se hizo cargo de su figura, especialmente cuando ella cruzó los brazos y ladeó la cabeza, esperando una respuesta.

Ray dijo bruscamente con la voz ligeramente ronca:

—¡Oh, no! Seguro que no me ha visto jamás. ¿He de quitarme la camisa?

En aquel momento, Mark hizo un sonido ronco con la boca desde la puerta.

La doctora entornó las sedosas pestañas al observarlo.

—¿Quiénes son ustedes?

Ray carraspeó y repuso:

—También hemos venido por el lóbulo de Berty. ¿Eh, muchacho?

La joven miró con suspicacia y plegó las comisuras de los labios.

—Sí —dijo—. Ya me habló de ustedes el juez Patrick.

—Ajá.

—¿Quiere acercarse, señor Carrol? —dijo ella.

Mark se quedó inmóvil y al comprender que se referían a él dio un brinco hacia adelante. Sus ojos iban de Ray a la doctora.

Winters sonrió a su amigo.

—Enséñale el lóbulo, Berty.

Damon se acercó precavidamente hacia la doctora y ladeó la cabeza, mostrando el repollo izquierdo.

Kim Gainor lo atrajo, tomándolo de la cabeza, lo cual gustó tanto a Mark que emitió un pequeño relincho entre dientes.

Kim Gainor entornó los ojos.

—¿Qué le ocurre, señor Carrol?

Ray contestó por él, chasqueando la lengua:

—Tortícolis, doctora. Cogió frío durante el viaje por la noche. Berty, tienes que abrigarte, muchacho. —Winters sonrió a la bella doctora—. ¿Sabe? He cuidado siempre de él. Es un grandullón bueno como el pan que necesita quien lo vigile. Debió ver los cuidados que le prodigué cuando el viejo verde de Albert Carrol lo

dejó anclado.

La doctora Gainor miró a Ray.

—Parece usted demasiado joven para haberse encargado de él.

—Teníamos un compadre sesudo. El viejo Rocky. Él ya falleció. Pero yo fui el que en realidad acallaba los lloros del pequeño Berty cuando estábamos solos allá en el rancho de Rocky. ¡Qué tiempos aquéllos! ¿Recuerdas, Berty?

Mark gruñó.

La doctora pasó el dedo por la oreja del heredero de Albert Carrol y apretó con pericia profesional.

Damon entornó los ojos, se sonrojó y sonrió plácidamente.

De repente, la bella joven la acertó en el agujero del lóbulo con un alambre niquelado que entraba estrecho.

Mark graznó de dolor, manoteando en torno a la oreja.

Ray alargó el cuello en una protesta.

—¡Doctora! ¡Va a matarlo! ¡Oh, Berty!…

—Es necesario comprobar la resistencia de la pequeña porción cicatrizada —replicó la joven.

Mark aulló con la oreja ensartada e inició un bailoteo con sus pesadas botas sobre la alfombra.

Los bellos ojos de Kim brillaron con energía.

—¡Estese quieto, señor Carrol!

—¡Mamá! —Hizo Mark, y Ray lo aplaudió mentalmente.

La doctora le sacó el alambre de un tirón.

Ray se aclaró la voz.

—Oiga, muñeca…, digo, doctora. ¿Es que va a hacerlo sufrir mucho?

La hermosa Kim dio media vuelta y trasteó en una vitrina llena de instrumentos inquietantes.

—No deseo hacer sufrir a ninguno de mis pacientes —dijo al fin y se volvió sosteniendo unas tenazas de grandes dimensiones.

Mark las vio y los ojos se le salieron. Brincó hacia atrás.

—¡Ray, no dejes que me machaque la oreja!

Kim sonrió encantadoramente.

—¿Va a decir que tiene miedo, señor Carrol? Ande, venga aquí.

Mark rió muy triste y continuó reculando.

La mujer apretó los labios con fuerza.

—Atrápelo señor Winters.

Ray frunció el ceño, mirando a Damon.

—¿Va a decir que tiene miedo, señor Carrol? Ande, venga aquí.

Mark sólo tenía ojos para las tenazas, sobre todo en cuanto la doctora las hizo chascar.

—¡No, Ray! ¡Mil demonios, no!

Ray lo empujó derrumbándolo sobre un mullido sillón.

A continuación saltó por detrás y lo sujetó con ambos brazos.

Mark empezó a debatirse gritando protestas, pero en eso, la doctora le atrapó un brazo suelto y le hizo una llave maestra que empleaba en el tratamiento de los hidrófobos.

Luego adelantó la otra mano y mordió con las tenazas el lóbulo perforado.

Inició una serie de tirones en varios sentidos.

Mark habría hecho estallar el sillón y despegado a sus aprehensores, de ser tipos corrientes. Pero los extraordinarios músculos de Ray lo sujetaron con terrible tracción y la llave de Kim hizo lo demás.

Una serie de aullidos se esparcieron por la sala.

Ray procuró gritar a voz en cuello para hacerse oír:

—¡Por todos los santos, pequeño! ¡Sólo es una caricia!

La doctora dejó de manejar las tenazas cuando el lóbulo había cobrado la hinchazón e irritación necesarias para el diagnóstico.

Volvió hacia la vitrina y giró hacia ellos con el hermoso semblante pensativo.

—Estay llena de dudas respecto a esa cicatriz.

Ray entrecerró la boca.

—Eh, encanto. ¿Qué es lo que dice?

Kim Gainor movió la cabeza profesionalmente, pero Ray pensó que con una fachada como la de ella todavía quedaba mejor. La muchacha había acaparado toda su atención mientras Mark era tratado.

—La perforación del lóbulo parece auténtica. Tiene todo el brillo y matices que adquieren las cicatrices a través de los años. Sin embargo…

—¿Qué ocurre, sin embargo? —dijo Ray.

Ella lo miró con fijeza.

—El señor Carrol parece haber sentido demasiado dolor. No es lógico, si se tiene en cuenta que se trata de algo curado desde hace

muchos años. A menos…

—¿A menos qué, doctora Gainor?

—A menos que la perforación haya sido cauterizada por determinados métodos hace poco y existan capas internas todavía sensibles.

Ray levantó la barbilla.

¿Está insinuando que Berty es un impostor, muñeca?

—No estoy insinuando nada —replicó Kim—. Hablo objetivamente.

—Nosotros también, quiero decir con claridad.

Kim observó con detenimiento el pelaje de los dos hombres.

—Se lo diré bien claro, señor Winters. Hay un líquido que es capaz de conseguir esa cauterización. Noto una irritación en la epidermis que puede deberse a la acción de ese ácido.

Ray hizo una mueca.

—Ningún ácido ha tocado el lóbulo de Berty. Desde que nos enteramos del asunto de la herencia, se lo cuidó entre algodones.

—Eso es lo que me hace dudar también —dijo Kim—. El agujero está demasiado cuidado… Demasiado perfecto.

—Con unas aletas como ésas, tuvieron que cuidar en la niñez de Carrol que la cosa no quedara más fea.

Kim apretó los labios.

—No crea que va a convencerme con tanta palabrería. Está hablando con un profesional y sólo me atendré a mis propias observaciones.

—Pura objetividad.

—Exactamente, señor Winters.

Ray respiró con fuerza.

—Bien, señorita. ¿Cuándo va a dar el informe definitivo? Estamos sobre ascuas.

Ella entornó los párpados.

—Esperaré un par de días y someteré el lóbulo a una nueva observación.

—¿Dos días? —exclamó Ray—. Oiga, doctora. Este viaje nos ha llenado de gastos.

Ella ladeó la cabeza con ironía, sin dejar de observar el aspecto de la oreja.

—Comprendo perfectamente, señor Winters. Pero es necesario

esperar dos días más.

Ray hizo una mueca de amargura.

Mark no apartaba la mano de la oreja lastimada y su rostro era una máscara compungida.

—Vamos, Ray.

El joven sacudió la cabeza.

—Sí, vamos.

Kim Gainor hizo un mohín.

—Usted, señor Winters, dijo que se encontraba indispuesto…

El brillo de los ojos de Ray se animó.

—Ujú. Ya me ha dado otra vez. Desde que entré aquí me noté un cosquilleo en la nuca.

Me sube y baja.

Kim bajó una mano para buscarle el pulso.

Ray cerró los ojos al notar la sedosa piel de ella.

La oyó decir:

—Un momento, señor Winters. Usted tiene fiebre.

—Me lo sospechaba —declaró Ray casi en éxtasis—. Noto oleadas de calor.

Kim se apartó de él, maniobró sobre unas cubetas y entretanto, Ray permaneció con los ojos cerrados.

—Deme el remedio, Kim.

La joven carraspeó.

—¿Puede ayudarme, señor Carrol?

Ray intuyó algo raro y abrió los ojos.

Vio a Kim que se le acercaba con una enorme jeringa acabada en una larguísima aguja.

Se le salieron los ojos.

—¿Qué diablos…?

—Una nueva vacuna. En prevención del tifus, tan frecuente…

Mark rió y se escupió en las manos.

—¡Manos a la obra, doctora!

Ray dio un respingo y pegó un bote hacia atrás.

Tuvo suerte en poder hurtar el cuerpo a una de las manazas vengativas de Mark, quien se relamía ante la perspectiva.

Kim también falló al querer cazarlo con la llave de los hidrófobos.

Entonces, Ray salió corriendo del consultorio.

Mark se quedó solo con la joven, y al verla continuar acercándose con el arma contra el tifus dejó de sonreír bruscamente y salió en pos de Ray.

Cuando Kim Gainor los oyó correr por el jardín, entornó las largas pestañas y, finalmente descubrió los blancos dientes en una sonrisa.

CAPÍTULO VI

Varias horas después Mark Damon llegó al vestíbulo del hotel La Paz, y se detuvo en el mostrador del escribiente, un tipo delgado con gafas.

—¿Todavía está el señor Winters arriba?

El empleado lo miró por encima de los anteojos y sonrió con una dentadura de caballo.

—Hace un par de horas que está en la mejor siesta. Lo oí roncar hace un momento cuando pasé por delante de su habitación.

Mark asintió y echó a andar hacia la escalera.

De pronto se volvió con un gesto de perplejidad.

—Eh, amigo. ¿Qué número teníamos de cuarto? Se me ha olvidado.

—El trece. Segunda puerta del fondo.

Mark guiñó un ojo con picardía.

—Ya sabe. Siempre existe el temor cuando al llegar uno a un hotel nuevo, de colarse sin querer en el departamento de una señora llena de bigudíes que se está empolvando.

El empleado cerró también un ojo.

—Si le da por equivocarse, métase en el número ocho. —Puso los ojos en blanco y emitió un silbido—. Sería un bonito error.

Mark soltó la carcajada.

—Tomaré nota del número para la hora de la merienda. Acabo de hacer el almuerzo.

Mark se dirigió hacia arriba.

El corredor estaba muy oscuro y palpó las puertas. Tropezó con un saliente del suelo y soltó una maldición, cogiéndose el pie entre las manos.

Llegó delante de la puerta y se coló silenciosamente para no

despertar a Ray.

El bulto de la cama respiraba acompasadamente como acometido de un dulce sueño.

Emitió un suspiro entrecortado y los ronquidos de Ray quedaron más pausados.

Mark notó un súbito picazón en el maltratado lóbulo y se contuvo las ganas de rascárselo. Ray se lo había prohibido rotundamente, a coro con el viejo Rodney, para que la irritación bajase rápidamente y la doctora le diera el visto bueno un par de días después.

Ray se movió un poco y emitió un largo resuello.

Mientras prestaba atención, Mark oyó por el otro lado un rumor proveniente del pasillo.

No necesitó oír mucho para poder llegar a la conclusión de que se trataba del dulce frufrú, de una falda almidonada.

Pensó en el número ocho y sonrió, relamiéndose.

El frufrú se escuchó con más claridad y, para sorpresa de Mark ahora parecía delimitarse a la misma puerta de ellos.

Se acercó de puntillas y aguzó el oído.

También oyó un suspiro femenino, muy distinto a los que emitía Ray en el camastro.

Abrió con sigilo la puerta y asomó la nariz.

Súbitamente le llegó el intenso olor de un perfume. El mismo que una fulana de Kansas llamaba enloquecedor. Y lo era. Mark sólo tenía que cerrar los ojos con la nariz fuera del pasillo para impregnarse todo un mundo de color de rosa.

Trató de alargar la cara el hueco de la puerta, que entreabrió más.

Y escuchó entonces el siseo esperado, acompañado de una nueva ráfaga de perfume embriagador.

Inspiró aire profundamente y la vio. Vio el ruedo de sus faldas muy cerca de allí.

Al oír el segundo siseo, no esperó más.

Salió de la habitación y tendió los brazos hacia la femenina e incorpórea forma.

Entonces algo muy duro pareció estallar contra su cabeza y le hizo ver luces multicolores.

Le dieron otra vez, mucho más fuerte a juzgar por el sacudón,

pero su cráneo parecía convertido en goma por el primer castañazo. Le entraron unas ganas locas de reír y luego malhumor. Gruñó al notar que la goma de la cabeza se le extendía por todo el cuerpo, y alcanzó a ver que el suelo se le acercaba.

Pegó de cara en el entarimado del corredor, pero unas manos muy fuertes lo sostuvieron para que no armara mucho ruido.

Luego, no supo nada más.

Los tres sujetos que lo contemplaban en silencio, entre la penumbra del corredor, dejaron de contener el aliento.

El más alto de los tres hizo una señal al tipo que acababa de tumbar.

—Apartadlo de aquí. Ahora hemos de tener el camino libre.

Hubo un gruñido de asentimiento.

Cuatro manos deslizaron silenciosamente a Mark y lo tiraron a un rincón, junto a la escupidera del pasillo.

Los tres sujetos prestaron atención al interior del cuarto de donde acababa de salir Damon.

—Todavía duerme plácidamente ese bastardo —dijo el tipo alto.

Uno de los tres, el más bajo, se rascó la barba de varios días, que sonó ásperamente en medio del silencio.

—Entonces, es el mejor momento. Andando, antes de que despierte. Podríamos tener un disgusto con ese manos largas.

El alto abrió la puerta y vio a Ray Winters tendido en la cama.

Pensó, al verlo tan dormido, si no estaría con el «Colt» preparado para darle la réplica, y fingía sueño para cobrar ventaja. Pero no podía ser. Estaba de espaldas y de nada le habría valido el truco. Le faltaría tiempo. Un tipo no podía ser tan rápido para permitirse esos lujos de fingir la siesta, de espaldas a la puerta. Estaba absolutamente dormido.

El tipo alto se pasó una mano por la cara y notó que sus dos compañeros estaban pendientes de él.

Entonces asintió con un cabeceo silencioso.

Los tres individuos sacaron a relucir las armas y las fueron levantando poco a poco hacia las espaldas del dormido Ray Winters.

El vejete Rodney Torm separóse, en la acera, del rubio Phil Hillman.

—Bien, chico. Si tienes tanta prisa, luego nos veremos. Tengo la

garganta seca y lo malo es que no tengo un solo dólar para invitarte. Y no me fían tampoco.

El rubio Phil enseñó el forro de un bolsillo.

—Lo siento, abuelo. Ya no me queda un centavo de negocios anteriores.

Rodney se arrugó.

—¡Si llevabas un montón de «pasta»!

Phil se pasó una mano por la cara.

—Acabo de encontrarme con un antiguo acreedor. Un sastre.

El viejo empezó a componer una mueca de incredulidad cuando de pronto sus ojos toparon con una rubia imponente que estaba pendiente de la despedida de Phil.

—Comprendo —gruñó—. Veo que las hechuras del traje son de primera calidad.

Phil bostezó.

—Buena suerte, abuelo.

Rodney se dejó caer a la calzada con un saltito y rezongó por lo bajo, a medida que cruzaba la calle.

De pronto, escuchó un rugido de furia cerca de él y varios gritos de los transeúntes.

Vio el vehículo que se le venía encima, y saltó con una agilidad asombrosa, incompatible con sus años.

Cayó sentado sobre el polvo, mientras el conductor del vehículo lo increpaba con furia.

—¿Qué estaba pensando, viejales? ¡Seguro que en los años mozos, maldita sea!

Rodney tragó saliva, al ver lo cerca que había estado de no contarlo.

El tipo del vehículo era alto, de unos cuarenta años, bien vestido, y por el aspecto, forastero. Abrió y cerró las manos con deseos de abalanzarse sobre el descuidado viejo pero finalmente, optó por tirar de las riendas con furia y ponerse en marcha.

Rodney se levantó, sacudiéndose el polvo, y, cuando algunos empezaron a reírse de él, corrió enfurruñado hacia el establo de enfrente donde tenía su habitación.

Cuando llegó allí, arregló un poco de paja y se tendió en el suelo.

Apenas pasaron unos segundos, notó que una forma gigantesca

se erguía cerca de él.

Se trataba de un tipo de grandes manazas y cara descomunal, cruzada por una cicatriz.

Rodney pegó un salto, sobresaltado.

—¿Quién diablos, es usted?

El tipo sonrió.

—Soy el fulano que le va a retorcer el pescuezo como a un gorrión.

Rodney respingó, pegando un bote.

—¡Está loco, amigo! ¡Yo no me meto con nadie!

El gigantón tuvo un encogimiento de hombros y le dedicó una sonrisa homicida.

—Esto lo hago en parte por afición, y en parte porque me pagan, ¿sabe, abuelo? Usted se ha metido últimamente en muchos líos impropios de su edad.

—¿Qué… qué está diciendo?

—Me refiero a la presentación del heredero de Albert Carrol. Usted no debió meterse en ese berenjenal.

—¡Berty debe cobrar la herencia de su padre!

—Déjese de historias, viejo cuco. Sabe demasiado que han montado una comedia para hacerse con el dinero.

Rodney tragó saliva.

—¿Quién es el comediante?

El hombrón le arrimó el rostro.

—Usted, vejestorio. Y, por cierto, que ha sido el que ha removido todo este chocolate.

—¡No me mate, buen hombre! —estalló Rodney, sin saber por dónde salir.

El asesino sonrió con tolerancia.

—Tengo que despacharlo, abuelo. Lo siento mucho, porque sólo de verlo me acuerdo de mi pobre padre. Pero la obligación es antes que la devoción.

El viejo Rodney reptó sobre la paja y luego se puso a gatas, correteando de una esquina a otra del establo.

El gigantón movió la cabeza, admonitorio.

—Vamos, abuelo. Acabe sus días con un poco de dignidad.

—¡No quiero morir! ¡Soy un pobre tipo!

—No vuelva a las andadas. Se le acabó la cuerda.

El asesino alargó las manos, abriendo y cerrando los dedos hacia Rodney Torm.

Pero el abuelo brincó con la agilidad de una rata acorralada, y de pronto encontró un agujero en la pared.

Se coló por allí, al tiempo que el gigante soltaba un juramento espantoso.

El asesino tenía el cuerpo demasiado grande y no pudo perseguirlo a través del agujero, limitándose a asomar la cabeza y aullar una amenaza.

Rodney levantó la pierna derecha sin dejar de gatear, y le soltó una coz en pleno hocico.

El perseguido se dio a todos los diablos, y en un empellón abrió un gran hueco, al derribar dos tablas.

Entonces el viejo supo lo que era pánico.

Sacó polvo de las botas al correr y saltó disparado.

Atravesó un corral desconocido, se metió en el primer hueco de una claraboya, dio con una cocina, metió los pies en un ardiente caldero y chilló agudamente, saltando por una vidriera.

Después de un recorrido con los ojos cerrados siempre, sintiendo el asesino a sus espaldas, acabó por salir a través de un estrecho túnel, que resultó ser una chimenea.

Al brincar desde allí, se sorprendió al verse encima de una marquesina en plena calle, cuyas tablas se desprendieron con estrépito.

La gente de las aceras gritó, alarmada, al ver caer al viejo enredado con la marquesina.

Rodney dio con los huesos en el polvo de la calle y miró, perplejo, la escoba que retenía entre sus manos, cogida a saber dónde.

Pero sonrió agradecido a su suerte al verse libre del gigante de manos de oso y se dejó atrapar, contento, por un ayudante del *sheriff*.

CAPÍTULO VII

El tipo alto y huesudo se irguió mirando a sus compañeros cuando se escuchó el grito en la calle y el estrépito de una marquesina derrumbada.

—¿Qué ha sido eso? —susurró, interrumpiendo la marcha del dedo sobre el gatillo.

—Seguro que el gigante de las manos grandes ha sido tan bestia que, después de retorcerle el pescuezo al viejo, lo ha tirado a la vía pública.

El tercer tipo, que estaba más atrás, hizo un movimiento de impaciencia, fijos los ojos en el cuerpo del durmiente.

—¿Es que vamos a estar prestando atención a todos los ruidos? Es la tercera vez que frenamos en seco. Adelante.

El tipo alto asintió rotundamente:

—Sí. Acabemos de una vez. Estamos jugando con la suerte.

En aquel momento el de la cama se movió entre sueños.

El sujeto alto del trío sonrió y apretó el gatillo.

Los otros dos dispararon a su vez y no escatimaron el plomo.

El tipo sonrió al ver que el hombre llamado Ray Winters se estremecía entre sueños al recibir el recosido de arriba abajo.

—¿Os dais cuenta cómo ese Winters no era un súper-hombre? Miradle la cara que pone. Tiene los ojos muy abiertos y la boca de par en par. Feo aspecto, ¿eh?

Mark Damon abrió en aquellos momentos los ojos y se incorporó en el pasillo, tratando de comprender la causa del estruendo.

Vio a los tres sujetos armados con revólveres humeantes y entonces lo comprendió todo.

—¡Ray! —gritó, tambaleándose. Y por primera vez en su vida se fue derecho hacia tres revólveres que le apuntaban.

El tipo alto sonrió.

—Lo siento, chico. Ya sé que erais como hermanos.

Mark Damon se aferró con las dos manos en el marco de la puerta, observando el cuerpo caído en medio de un gran charco de sangre. Los ojos se le salían de las órbitas, llenos de incredulidad.

En aquel momento, se abrió la puerta de la habitación número ocho, pero no asomó la belleza rubia prometida por el empleado.

Quien acababa de salir era el mismísimo Ray Winters.

Damon se pasó la mano por la cara, preguntándose si estaba viendo visiones, pero se fijó bien en el rostro del muerto de su cuarto y vio que no se parecía nada a Ray. Había habido un cambiazo muy extraño.

—¡Ray! —volvió a gritar otra vez Damon, pero ahora mirando hacia el número ocho.

Los tres asesinos que salían del número trece se quedaron de muestra cuando Damon llamaba Ray a aquel nuevo fulano.

Ray Winters pestañeaba, haciéndose una composición de lugar, y no tardó en comprender lo que ocurría.

—De modo que ustedes venían a liquidarme y han acabado con ese polizón, ¿eh, simpáticos?

El alto huesudo aspiró aire con fuerza.

—¡Plomo con él, muchachos! ¡Rectificar es de sabios!

Pero ahora Ray Winters no era ningún tipo dormido.

Sacó el «Colt» al mismo tiempo que los tres, y les siguió la corriente cuando ellos optaron por apretar el gatillo.

El infierno pareció estallar en el estrecho corredor.

La crepitación de las armas y el fuego cruzado convirtieron la escena en un estallido confuso.

El huesudo entró de nuevo en el cuarto número trece, pero no lo hizo por propia voluntad. Un plomo se había encargado de obligarlo, y le hizo estallar el cráneo contra el fondo del apartamento.

Los otros dos compinches soltaron las armas al sentirse heridos de muerte, pero se resistieron a caer, y apoyáronse el uno contra el otro. Finalmente la asociación de fuerzas les falló por la base y cayeron a la par, quedando uno encima del otro, aunque nunca se habían entendido bien.

La corriente de aire se llevó el humo de la pólvora. Mark todavía

no había visto, nada porque hacía rato que se había cubierto los ojos con ambas manos. Pero fue curioso. Al atisbar por entre los dedos, vio la carnicería y sintió arcadas, dirigiéndose presto a la escupidera.

Por la entreabierta puerta del número ocho, por donde acababa de salir Ray Winters, se escuchó la voz de una dama:

—Ray… ¡Ven pronto que tengo miedo! ¿Qué ha ocurrido…?

Ray Winters, después de luchar un instante con su conciencia, optó por entrar en el número ocho para tranquilizar a la bella que le había salvado la vida.

Mark Damon corrió en pos de su amigo.

—¡Eh, Ray! ¿Quién era el tipo que ocupaba tu lugar?

—¿No lo has reconocido?

—Le quedó demasiado mal la cara.

—Upton Morell. ¿Te acuerdas de él?

—¡Infiernos! El pistolero de San Patricio que juró matarte. Upton Morell *el Dormilón*.

—El muchacho no me pudo perdonar que lo entregase al *sheriff* de aquella localidad a cambio de los doscientos dólares de recompensa que daban por él.

—¡Se metió en tu habitación para asesinarte!

—Sí, pero ocurrió algo imprevisto. Cuando ya iba a meterme en el cuarto, oí los gritos de la dama del ocho que pedía auxilio porque acababa de ver un ratón. Bueno, el ratón no estaba, pero la dama sí, y necesitaba mis cuidados.

—Infiernos, te entretuviste lo suficiente para permitir a Upton que se quedase dormido como casi siempre. Luego los tres asesinos lo confundieron contigo.

—Exactamente.

—Pero, Ray, ¿quiénes eran esos tres?

—Tenemos muchos enemigos, Mark. ¿Es que no lo recuerdas? Somos caza-forajidos.

—Sí, ya lo sé, pero creí que no podrían seguirnos hasta aquí. No dejamos en ninguna parte nuestra dirección.

El viejo Rodney apareció por el corredor y al ver los cadáveres lanzó un grito y fue a volverse para emprender la retirada.

—Eh, abuelo, ¿qué le pasa? —preguntó Ray.

—He visto al *sheriff* que viene hacia acá. Pero eso no es todo.

Intentaron asesinarme…
Un tipo grandote. Debía medir de cuatro a cinco metros…
—Eso no es un tipo, abuelo, es un dinosaurio.
En aquel momento se oyó la voz de la dama del ocho:
—¡Socorro! ¡Otro ratón!
Ray metió la cabeza por la abertura.
—Contenlo como puedas, querida. Ahora voy.
—No debes hacerla esperar —dijo Mark, e intentó pasar a la habitación, pero Ray lo detuvo, poniéndole la mano en el pecho.
—No, Mark. No entres. Ese ratón es mío.
Damon hizo una mueca de amargura.
—Para mí los malos ratos, para ti los buenos. ¿Cuándo voy a recibir la compensación por haber dejado que me agujerees la oreja?
El abuelo se puso un dedo en los labios.
—Silencio, muchachos, ya está aquí el *sheriff*.
Se oyó por la escalera una voz que parecía un trueno:
—Todo el mundo con las armas fuera… ¡Sube la ley!
Apareció por el recodo un tipo que mostraba el emblema de su autoridad en el pecho.
Estaba por los cincuenta años y tenía un bigote blanco que le cubría casi la boca. Con la diestra manejaba un revólver.
Se detuvo de pronto como si hubiese chocado contra un muro, al ver los cadáveres que había por el corredor.
—¿Qué es esto…? ¡Una matanza…!
—Acertó, *sheriff* —dijo Mark.
—¿Quién es usted? —chilló el *sheriff*.
El abuelo Rodney pegó un bote.
—Es Berty Carrol, Dale.
—Oreja Horadada, ¿eh?
Mark lúe a protestar al oírse llamar por aquel apodo, pero Ray estaba atento y le pisó el callo del pie izquierdo.
El *sheriff* se convirtió en jalea.
—Bien venido a East Hill, Berty Carrol. Conocí a tu padre y, cuando me dijeron que él había dejado un retoño, juré que sería amigo suyo.
Ray señaló a Mark.
—Aquí tiene el retoño…, aunque ha crecido un poco…

Estréchale la mano, Berty.

Mark estrechó la mano del *sheriff*, el cual lanzó un grito.

—Infiernos, Berty, tienes mucha fuerza. Pero dime, muchacho, ¿qué significan todos estos cadáveres por aquí?

Ray se apresuró a contestar porque veía a Mark muy desanimado.

—Enemigos, *sheriff*. Enemigos que obstaculizan el camino de Berty hacia los millones.

Ya sabe usted lo que pasa al olor del dinero…

—Ya lo creo que lo sé —exclamó el *sheriff*—. Siempre hay vivales dispuestos a todo —puso una mano en el hombro de Mark —. Pero no te preocupes, Berty. La ley está contigo.

El viejo Rodney se estaba frotando las manos de gusto.

Otros hombres llegaron por el corredor, empuñando armas.

El de la placa les habló:

—Retirad los cadáveres.

Ray empujó la puerta de su habitación.

—No se olvide del que está dentro.

—¿Otro? —Hizo un gallo el *sheriff*.

—Se nos meten hasta en la cama, autoridad. Ese Berty es un tipo muy envidiado.

El representante de la ley se rascó el cogote.

—Demonios, no ocurría nada en este pueblo, pero por lo visto las cosas se complicaron.

—No sabe usted cuánto —dijo Mark con voz lúgubre.

Los hombres que acababan de llegar retiraron los cadáveres prontamente.

El *sheriff* Dale devolvió el revólver a la funda.

—Bueno, Berty, me tienes a tu disposición. Si hay alguien que te molesta, dímelo.

—Hay muchos, *sheriff*, empezando por… —Fue a señalar a Ray, pero éste le atrapó la mano y sonrió melifluamente a Dale Young.

—Empezando por Billy *Rojo*.

—¿Billy *Rojo*, ha dicho? —repitió el *sheriff*, poniéndose pálido.

—Se la tiene jurada a Berty.

—¿Por qué?

—Asunto confidencial.

El de la placa guiñó un ojo.

—Ya entiendo, hay faldas por medio.

Ray pellizcó el hígado de Dale Young.

—Usted lo pesca todo, *sheriff*. Llegará muy lejos.

La dama del ocho gritó:

—¡El ratón, Ray! ¡Lo tengo cerca de la silla!

El de la placa alargó el cuello.

—Una señora pide socorro… Abran paso, muchachos.

Ray lo detuvo como había detenido antes a Mark.

—Espere, autoridad, es asunto mío. Ya le cacé antes un ratón y me concedió la exclusiva.

El de la placa sonrió.

—Es usted un pillastre, amigo.

—Ray Winters, para servirle. He sido siempre el mejor amigo de Berty, ¿verdad, muchacho…? —Palmeo en la espalda de Mark—. Con su permiso, autoridad…

—Ya me voy —repuso el *sheriff*—. Recuérdelo, Berty, si alguien le molesta, dígamelo y lo encerraré —hizo un saludo con la mano y se alejó por el corredor.

El viejo Rodney, apenas se hubieron perdido los pasos del representante de la ley por la escalera, dio un bote.

—¡Eh, Ray! ¿Qué me dices del monstruo que me iba a estrangular?

—No se preocupe. Nos ocuparemos de todo.

—Esto se está poniendo difícil.

—Lo mismo digo yo —gritó Mark—. Y lo mejor para todos es que echemos a correr cuanto antes.

Ray le palmeó otra vez.

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿No oíste al *sheriff*? Está de tu parte, y él es la ley. En cuanto volvamos a tener dificultades, nos echará una mano.

—No tengo mucha confianza en un tipo que ha creído a pie juntillas que soy Berty Carroll sólo porque tú lo has dicho.

La dama del ocho gritó:

—¡El ratón, Ray!

El viejo Rodney sacó la lengua.

—Oiga, Ray, si se demora un poco más se la va a encontrar en los huesos.

Winters echó a correr, exclamando:

—¡Y un cuerno! ¡El ratón no se me llevará el relleno!

Mark y Rodney vieron cómo la puerta se cerraba tras Winters.

Permanecieron inmóviles un rato esperando oír algún ruido en el interior del cuarto.

Pero no se produjo ninguno.

Entonces los dos se miraron y el viejo Rodney dijo, rascándose la cabeza:

—¿Sabe lo que le digo, Mark? Esa dama del ocho es una embustera.

CAPÍTULO VIII

El hombre que había pretendido asesinar al viejo Rodney llamó a la habitación número 17 del hotel Juno.

—Adelante —dijo una voz agria.

Entró el gigantón en la estancia donde había dos tipos. Uno de ellos era el hombre de cuarenta años que momentos antes había estado a punto de atropellar a Rodney con el vehículo que conducía.

El otro estaba tendido en la cama y soltaba gemidos con las manos en las orejas. Era un tipo pequeñajo, de ojos saltones y mirada asustadiza.

—Me duele, señor Carson. Seguro que se me ha infectado el agujero.

—Cállate, Rock, o te desuello. Ya estoy cansado de tus lamentaciones.

—Pero, señor Carson…

—¡Silencio! —gritó el llamado Carson, desenfundando el revólver.

Rock, el pequeñajo de la cama, dio un respingo.

—Punto en boca, muchacho, Y para que no te duela, recuerda que vas a cobrar un montón de dólares. —Luego Carson se volvió hacia el gigante que se había quedado junto a la puerta—. Bueno, Spencer, ¿ya has dejado listo al viejo?

—No, señor Carson. Se me escapó.

—¡Condenación!

—Lo tenía a punto de caramelo, pero ese bastardo se deslizó por un resquicio. No lo perdí de vista, a pesar de que emprendió una carrera por los lugares más insospechados.

Por último, fue a parar al hotel donde están Ray Winters y el

otro farsante.

—Muy bien. En tal caso, Carl y sus dos pistoleros se habrán ocupado de él, al tiempo que de Ray Winters.

—Carl no se ha ocupado de nadie, señor Carson.

—¿Qué intentas decirme ahora?

—Ray ha recetado jarabe de plomo a los tres hombres que usted contrató.

Vincent Carson retrocedió como si lo hubiesen golpeado con un puño en la cara.

—¡Maldito seas, Spencer! No puede ser cierto. Hace un rato oí disparos y di por descontado que Ray Winters se había ido al otro mundo.

—Fue Carl quien compró el boleto y, de paso, adquirió los de sus compañeros.

—¡No me hagas chistes, Spencer, o no respondo de mí…!

—Perdone, jefe. Pero la verdad es que ese Carl siempre me pareció un payaso.

—¿Y qué eres tú, estúpido? Mucho hablar de que tus dedos son como garfios y no sirven siquiera para retorcer el pescuezo a un viejo en la ruina.

—La próxima vez…

—¡No quiero fallos! —le interrumpió Carson con un grito—. Me gusta que los hombres que trabajan para mí, acierten a la primera… ¡Maldición! Estamos metidos en un asunto de mucho dinero. ¿Es que no os dais cuenta? Es la gran ocasión de nuestra vida… ¡Billetes por miles!

Rock gimió desde la cama.

—Pero, jefe, las cosas se ponen feas. Ese Ray Winters nos pilló la delantera. Ya ha hecho pasar a su amigo por Berty Carrol. No pintamos nada aquí.

—También eso es verdad —asintió el gigante Spencer.

—Escuchadme, pareja de imbéciles. Es cierto que Ray Winters nos ha tomado alguna ventaja, pero su amigo Mark Damon todavía no ha sido aceptado como Berty. Me he informado bien y sé que la doctora Gainor se tomó dos días para establecer un diagnóstico definitivo acerca de la cicatriz. ¿Os vais dando cuenta? ¿Por qué infiernos he de ser yo el único con la cabeza sobre los hombros?

—Perdone, jefe —repuso el gigante Spencer—. ¿Qué se le ocurre

para luchar con nuestros enemigos?

Carson se echó a reír. Primero lo hizo suavemente y luego estremeciendo los hombros.

—Eso es muy bueno, Spencer. Muy buena —se dejó caer en una silla y siguió riendo.

Spencer y Rock se miraron un poco perplejos.

—Es el efecto de la mala noticia —dijo Rock, apartando la mano de la oreja, con lo que la mostró envuelta en algodones—. Hay tipos que son así.

Carson rió con más fuerza.

—Eres muy gracioso, Rock.

Sus dos compinches se pusieron a reír también.

De pronto, Carson quedó muy serio y exclamó:

—¿De qué os reís, imbéciles?

—Queríamos hacerle el coro, jefe —contestó Spencer.

—Contestaré a tu pregunta, Spencer. Tengo todos los triunfos en la mano, y a Winters no le queda ninguno —se volvió, señalando a Rock—. ¿Por qué te crees que elegí a este escuchimizado, a ésta sanguijuela humana, a esta lombriz de cloaca?

—Jefe, me está dejando imposible —se lamentó Rock.

—Yo te lo diré, Spencer —prosiguió Carson, ignorando la interrupción—. Cuando me enteré de la herencia de Albert Carrol y de que se la había dejado a su hijo desaparecido, logré hacerme con una fotografía del muerto. Una vez con ella, me puse a buscar a un tipo que se pareciese lo más posible al finado —hizo una pausa mientras señalaba a Rock—. He aquí la viva representación de Albert Carrol.

—Pobre hombre, hizo bien en morirse; debió ser un asco… —dijo Spencer.

Rock sacudió la cabeza.

—Oiga, jefe, quíteme ya estos algodones y terminemos de una vez.

—No seas impaciente. Tenemos todas las probabilidades a nuestro favor, pero no quiero arriesgarme con Ray Winters. En cuanto él y su amigo hayan muerto, se acabarán todas nuestras preocupaciones. Tendremos garantizada la herencia.

—¿Qué me dice del viejo…? —preguntó Spencer—. ¿Sigo persiguiéndole?

Carson se quedó pensativo un rato.

—Quizá me alegre de que haya escapado de tus garras. Después de todo, ese viejo nos puede ayudar. Bastará con que le metamos el miedo en el cuerpo para que esté dispuesto a jurar que se equivocó de Berty.

—¿Y cómo va a arreglar lo de Winters y Damon?

—Esto será más sencillo todavía… Acabo de ver en la ciudad a Basil *Tres Ojos.*

—¿Se refiere a ese pistolero que mató a cinco hombres últimamente en Dodge?

—Él mismo.

—Siempre he tenido curiosidad por saber por qué le llaman Tres Ojos. ¿Dónde tiene el tercero?

—Eres un bruto, Spencer. El tercer ojo es el de su revólver.

—Dígale que tenga cuidado con Winters. Es un hacha pegando tiros.

—No tiene nada que hacer con Basil. Esperadme aquí mientras yo voy a contratarlo.

—Oiga, jefe, podía ir en busca del viejo.

—Me dejas asombrado, Spencer. Ya empiezas a pensar con la cabeza. Sí, ésa es una buena idea. Vete ya. Los dos trabajaremos a la par.

El pequeñajo Rock saltó del camastro.

—¡No me dejen solo, tengo miedo…!

—Atalo a la pata de la cama, Spencer —dijo Carson.

—¡No! —gritó Rock—. ¡No hagan eso conmigo!

Pero Spencer le quitó habilidosamente el cinturón y, utilizando éste, lo dejó asegurado a la cama.

Luego, Carson y Spencer abandonaron la habitación.

CAPÍTULO IX

Ray Winters cantaba mientras se peinaba cuidadosamente junto al espejo.

Mark Damon, tendido en la cama, se irguió.

—Eh, ¿adónde vas?

—De conquista.

—¿Otra vez con la dama del ocho?

—Frío, muchacho —contestó Ray, y sacó del bolsillo posterior una botella de perfume «Soy arrebatador», que acababa de comprar en la droguería de la esquina.

Se mojó el dedo y luego aplicó la yema húmeda en las cejas y en el labio superior. Al instante se apretó la nariz con dos dedos y retiró de sí el pequeño frasco.

—¿De qué habrán hecho esto? Apuesto a que utilizaron restos de mofeta despanzurrada.

—Tú pensando en mujeres y yo aquí, esperando a los pistoleros, que acabarán conmigo.

—¿Quieres dejar de lloriquear, Mark? Me estoy preocupando por el negocio. Te lo diré de una vez para que lo sepas. Voy a hacer el amor a la doctora.

—¡No!

—Claro que sí, muchacho. Ésa ha sido mi idea.

—¡Infiernos! —dijo Mark e hizo chasquear los dedos—. Ahora lo entiendo. Tú la enamoras y consigues que me de el pase.

—Has dado en el clavo, compañero.

Mark sonrió, satisfecho.

—Siempre se te han dado bien las mujeres… ¿Cómo no se te ocurrió antes?

—No ha habido tiempo, muchacho. Tenía otros asuntos a qué

dedicarme.

—La dama de los ratones.

—Siempre me ha gustado echar una mano al prójimo.

En aquel momento, la puerta se abrió y Phil Hillman entró en la estancia, muy serio.

—Malas noticias, compañeros.

—¿Qué pasa, Phil? —inquirió Ray.

—Tenemos competencia.

—Ya lo había imaginado —exclamó Mark—. ¡Larguémonos ahora mismo!

—Calma y serenidad —dijo Ray, dándole un empellón a Mark y devolviéndolo a la cama—. ¿De qué se trata, Phil?

—Del sujeto más peligroso que se podía enfrentar con nosotros. Un tal Vincent Carson.

—Me suena ese nombre. ¿No es el tipo que vendía en Austin acciones de minas imaginarias?

—Exactamente. Y ha hecho otras cosas. Está considerado como el estafador número uno de Texas.

—De modo que él también ha olido la herencia.

—Sí, se trajo a otro tipo con la oreja horadada, un renacuajo, y, por añadidura, contrató también a un gigante con cara de asesino.

—El dinosaurio —exclamó Ray.

—¿Lo conoces?

—¡Y un cuerno!

—¿Es que no lo has comprendido todavía, muchacho? Dentro de un momento estaré dedicado a nuestro trabajo.

—Intentó acabar con el viejo Rodney. —Winters se pellizcó el mentón, pensativo—. Naturalmente, ha sido Carson quien también nos envió a los pistoleros.

Mark se puso de rodillas en la cama.

—Oye, Ray, nosotros no somos asesinos. Nos ganamos la vida como podemos y casi siempre hacemos un bien a la humanidad, presentando en las comisarías a los tipos que son requeridos. Pero Vincent Carson no es un fulano como nosotros. No vacilará en borrarnos del mapa.

—Quizá nosotros lo borremos a él. Tú mismo lo acabas de decir, Mark. Entregamos a los forajidos a la justicia, y Vincent Carson es un delincuente. Sigue hablando, Phil. ¿De qué más te has enterado?

—He seguido a Carson hasta un *saloon*. Allí se reunió con Basil *Tres Ojos*, un pistolero de la peor calaña.

—Entiendo. Lo ha contratado para que me de el pasaporte.

—Seguro, muchacho.

El rubio rezongó:

—Todavía estamos a tiempo de echar marcha atrás.

—Seguiremos adelante —dijo Winters—. Si nos vamos, sólo pasará una cosa, y es que Carson se hará con la herencia… No estoy dispuesto a consentirlo, muchachos. Bueno, hasta luego.

—¿Adónde vas?

—Quiere enamorar a la doctora para que diagnostique en favor de mi oreja.

Ray, con la puerta abierta, arrojó el frasco de «Soy irresistible» a Phil.

—Toma, muchacho. Espero que de aquí a la casa de la doctora se me haya ido el perfume.

Poco después, Ray llamaba a la casa de la señorita Gainor.

Le abrió una criada redonda, de cabello rojizo y cara picaresca. La joven sintió el tufo que emanaba de Ray y parpadeó en estado beatífico.

—Oh —dijo, y luego agregó—: Oh, oh…

—¿Se siente mal, muchacha? —exclamó Ray, y la sujetó por los brazos.

—No me mire así, por favor.

—¿Cómo la miro?

—Se lo ruego, no ponga tanta pasión en sus palabras…

—¿Usted cree? —dijo Ray, sonriendo.

Estaba claro que aquel perfume surtía su efecto. No, no le habían engañado.

—Oiga, muchacha, ¿cómo se llama?

La joven bajó los ojos mientras decía:

—Va usted muy aprisa, pero si me promete no excederse se lo diré…, Clotilde.

—Oiga, Clotilde, ¿quiere decir a la doctora que tiene aquí un paciente?

La joven lo miró con ojos agrandados.

—¿Está usted enfermo?

—Me siento moribundo después que sus ojos me han mirado.

La joven quedó con la boca abierta al oír aquella frase.

Ray se vio obligado a sacarla de su éxtasis:

—Anda, Clotilde, avise a la doctora.

—Ahora mismo Sí, ahora mismo.

La criada tropezó con un jarrón, con una puerta y con tres peldaños de la escalera, pero, al fin, desapareció en lo alto.

Winters entró en el gabinete de consulta y se tendió en la cama que ya conocía.

Al cabo de un rato, oyó pasos y vio entrar en la estancia a Kim Gainor.

—Ah, es usted —dijo al verlo—. ¿Qué es lo que ha hecho con Clotilde, señor Winters?

—¿Yo? ¿He hecho algo con ella?

—Se ha desmayado después de decirme que acababa de entrar un paciente enloquecedor.

—Soy un servidor —sonrió Ray, levantándose—. Pero creo que Clotilde ha exagerado.

—No creo que haya exagerado. Sólo cometió un gran error. En lugar de decir paciente enloquecedor debió decir paciente loco.

—No estará hablando en serio, ¿eh, doctora?

La joven cruzó los brazos y Winters admiró su hermosura. Ahora ya no se cubría con la bata de trabajo, sino con un vestido con franjas azules que se ceñía apropiadamente a sus formas juveniles.

—Oiga, señor Winters, ya terminé mi consulta. Si su visita es profesional, le ruego vuelva mañana. Estaré encantada de recibirle entre las nueve y la una.

Ray carraspeó:

—No, señorita Gainor. No se trata de una visita profesional.

La joven enarcó una ceja, la izquierda.

—Dígame, entonces, cuál es el objeto de su presencia en mi casa.

—Usted.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—No le comprendo.

Winters se acercó un poco más a la joven para que ella pudiese oler el perfume.

—Yo soy un hombre, usted es una mujer… y es lógico que entre

un hombre y una mujer se establezca cierta corriente.

—Eso es exacto, señor Winters.

—Me alegra que coincidamos —sonrió Ray.

—Según la tesis del doctor Markoff, un hombre transmite emanaciones positivas a una velocidad de treinta mil unidades por segundo. Los centros emisores están situados en la pituitaria. Del mismo modo, la mujer transmite ondas originadas en iones negativos.

Existen en nosotros, tanto en el hombre como en la mujer, corpúsculos que son como estaciones receptoras de esas emisiones…

Ray la estaba escuchando con el ceño fruncido.

—Pero ¿qué hace de pie, señor Winters? No me he dado cuenta. Siéntese.

—Estupendo. Sentémonos.

Él lo hizo en el borde del lecho destinado a los pacientes y palmeó a su lado.

—Usted también, doctora.

La joven titubeó unos instantes, pero por último se sentó junto a él.

—Continúe soltando iones, doctora.

—¿Cómo?

—Ya sabe. ¿Le han dicho que es usted la mujer más maravillosa del mundo?

—Oh, no, señor Winters, quiero decir que no lo soy.

—Posee un color de piel muy bonito.

—Está defectuosa en alcaloides.

—Con alcaloides o sin ellos, me gustaría pasar la mano por ella.

Ray fue a acariciarla, pero la señorita Gainor se alejó de un salto.

¿Qué le pasa, doctora…? ¿Es que tiene estropeados sus corpúsculos receptores? Le estoy enviando cada onda que no se la salta un galgo.

—Quédese donde está o grito.

—Eso no es lo acordado.

—No hemos acordado nada.

—Claro que sí. Usted me iba a explicar mi tema favorito. ¿No lo recuerda?

—Sólo estaba tratando de explicarle que entre usted y yo no

puede haber nada.

—Eso quiere decir que teme pueda existir algo.

—¡Qué tontería!

—Está usted alta de temperatura, doctora. Se le nota en la cara. La tiene encendida.

—Es debido a que hace mucho calor…

—Sus ojos brillan mucho.

—Es de rabia, señor Winters.

—¿De rabia?

—Usted me la produce.

—¿Por qué?

—Ha venido aquí a hacerme el amor.

—Sí.

—Sólo ha pretendido que me ponga de su parte en el asunto de Berty Carrol.

—Oh, no, está equivocada. El motivo es mucho más profundo. Me interesa usted, ya se lo he dicho.

—Es otro fraude. No conseguirá engañarme.

—Nadie pretende engañarla, señorita Gainor —repuso Ray y capturó una mano. Inclinóse sobre ella—. Tiene usted dos ojos como dos…

—¿Como dos?

Ray se mordió el labio inferior porque no encontraba la palabra adecuada.

—Pozos.

—No me gustan los pozos. Nunca me gustaron. Desde pequeña tuve miedo de caerme en ellos.

—Dos trozos de cielo.

—Pero si mis ojos no son azules, sino negros…

—Dos trozos de cielo en una noche negra.

—Eso le ha salido mucho mejor.

—Gracias. Su nariz…

—No me diga usted que tiene dos agujeros como dos pozos.

—Me está usted haciendo polvo la pituitaria, doctora. O se calla usted o me callo yo.

—Continúe. Estaba en mi nariz.

—Pasaré por alto su nariz. Prefiero su boca.

—¿Qué pasa con mi boca?

Él tiró de su mano y, cuando la cabeza de ella vino hacia él le salió a su encuentro, y sus labios se juntaron.

CAPÍTULO X

Por fin, la doctora lo apartó de un empellón.

—Señor Winters, ¿qué es lo que acaba de hacer?

—Sólo pretendía tener un elemento de juicio. No se puede hablar de lo que no se conoce, y yo pretendía hablarle de su boca, ¿lo recuerda?

Kim se puso en pie con aire muy ofendido.

—Señor Winters, es usted un farsante.

—¿Por qué dice eso, doctora?

—Me niego a seguir hablando con usted.

—¿Es que no le ha gustado?

—Sus preguntas traspasan los límites de la moral.

—Oiga, ¿por qué no olvida toda su educación universitaria y me habla sencillo? Debe tener en cuenta que yo sólo asistí a un colegio donde el pago se hacía en especie.

—Muy bien, le hablaré sencillo.

—Estupendo.

Ella señaló la puerta.

—Márchese.

—¿Cómo?

—¿Lo entendió bien ahora, señor Winters? ¡Márchese usted!

—Lo tengo bien merecido por confiar en armas ajenas.

—¿Qué quiere decir?

—¿No lo notó? Compré un perfume. La vendedora me aseguró que arrebataba a las mujeres.

—Ya comprendo por qué Clotilde se ha desvanecido.

—Ella es un ser humano.

—Oh, no le consiento que me ofenda. Y en cuanto a su hombre de la oreja horadada, tendrá que someterse a mi diagnóstico, señor

Winters.

—No he pretendido otra cosa de usted, doctora. Berty y yo nos conformaremos con su decisión. —Ray levantó un dedo hacia el cielo y agregó dramáticamente—: Pero recuérdelo. Tiene en sus manos el porvenir de un hombre.

En aquel momento llamaron a la puerta.

La joven titubeó unos instantes.

—Quédese aquí. Voy a ver quién es. Por lo visto, a Clotilde le duran todavía los efectos de su mágico encanto.

—Dios ha querido hacerme así —dijo él con falsa modestia.

La joven salió de la estancia y Ray se acercó rápidamente a la puerta del gabinete para no perderse palabra.

—Buenas noches, juez Patrick.

—Hola, doctora Gainor. He venido para advertirle que tenemos una epidemia de orejas horadadas.

—¿Qué dice?

—Se acaba de presentar en mi despacho otro hombre, un tal señor George Olsen, que acompaña a un tipo muy pequeño que tiene también la oreja horadada. Olsen asegura que el tipo pequeño es el verdadero Berty Carrol. Los he entretenido un rato diciéndoles que tenía que hacer, pero me he llegado aquí para avisarle.

—Vaya.

—Pero lo más gracioso de todo consiste en que el viejo Rodney asegura que éste es Berty Carrol.

—¿Rodney se ha atrevido a decir eso?

—Me ha asegurado que se confundió con respecto al Berty que trajo el señor Winters.

—¿Qué opina usted de todo el asunto?

—Desde luego, el tipo de ahora se parece bastante al difunto Carrol.

—Usted piensa que es el verdadero y que el señor Winters y su amigo son dos estafadores.

—Me temo que ésa es la verdad.

—Muy bien. Envíeme a ese hombre aquí inmediatamente.

—De acuerdo, doctor.

Ray se retiró rápidamente de la puerta cuando la joven volvió al gabinete.

—¿Algún paciente? —preguntó Ray con una sonrisa.

—Sí, me estaban dando noticias de un enfermo, el señor Traly. He de verlo inmediatamente. Usted me perdonará, ¿verdad, señor Winters?

—No faltaba más.

—Continuaremos nuestra conversación en otro momento.

—Sí, señorita Gainor.

—Le acompañaré hasta la puerta.

—De ningún modo. No quiero que se moleste —dijo Ray, porque lo que quería era salir sólo de allí para meterse en otra habitación.

—No es ninguna molestia —repuso ella, como si hubiese adivinado su pensamiento.

Winters no tuvo más remedio que conformarse e ir con ella hacia la puerta.

Allí alargó una mano a Kim Gainor y la joven lo miró con los ojos entornados, recordando el tirón de antes.

—Vamos, anímese, señorita Gainor. No muerdo.

Ella le entregó al fin la mano, y Ray se limitó a estrecharla suavemente.

—Nos volveremos a ver cuando le traiga al bueno de Berty.

—A propósito, dele mis recuerdos a Berty —repuso ella con cierto retintín.

—Muchas gracias —dijo Winters y abandonó la casa.

Continuó caminando por la acera, pero se detuvo un poco más allá y de pronto saltó por la verja y corrió hacia la parte trasera.

Observó un gallinero. Enfrente había una escalera que conducía a una puerta. Subió despaciosamente e hizo girar el pomo, pero soltó una imprecación porque la puerta estaba cerrada por dentro.

De pronto oyó un ruido.

Miró por el ojo de la cerradura.

Infiernos, era Clotilde.

Llamó con los nudillos.

La llave giró en la cerradura y la puerta quedó completamente abierta.

—Hola —dijo él con una sonrisa.

—Usted —exclamó Clotilde—. ¡Usted!

La joven se desmayó de nuevo, y, hubiese caído, si Ray no la hubiera atrapado por la cintura.

Winters la dejó suavemente en el suelo y echó a andar por el

corredor. Se detuvo al final porque a la derecha estaba el gabinete de la doctora. La puerta se hallaba abierta y por ella se filtraban las voces.

—Sí, señorita, el hombre que tiene usted aquí delante es el mismísimo Berty Carrol.

—¿Tan pequeño?

—El pobrecillo, siendo muy niño, se mojó mucho y encogió.

Hubo una pausa.

—Acérquese, quiero verle la oreja. ¿Cuándo le hicieron este agujero, señor Carrol? —preguntó la joven.

—Yo no me acuerdo. Era mucho más pequeño que ahora.

—Es un buen agujero.

—Gracias, doctora. Si pudiese se lo traspasaría.

—Tendré que someter esta cicatriz a una prueba.

—¿A qué se refiere?

—Lo impregnaré de un ácido y esperaremos cosa de media hora para ver el efecto que produce en ella. He de cerciorarme acerca de su antigüedad.

Intervino el hombre que Ray ya había identificado como Carson:

—¿No le basta mi palabra, doctora?

—En absoluto, señor Olsen, Me limito a cumplir con mi obligación.

—Muy bien, en tal caso ponga el ácido y, mientras usted realiza el experimento, yo saldré a hacer una visita importante.

—Como usted quiera, señor Olsen.

—Berty pórtate bien.

—Sí, señor Olsen.

Ray se retiró hacia la zona más oscura del corredor para no ser descubierto.

El llamado Olsen, que no era otro que Carson, salió a la calle, cerrando tras sí.

Entonces, Winters volvió a la esquina del corredor.

La doctora estaba trasteando en algunas botellas.

—Oh —dijo—, se me ha acabado el ácido.

—Volveré mañana.

—Oh, no, puede esperar. Tengo más ingredientes en el sótano. Sólo tardaré diez minutos en hacer el preparado. Quédese aquí.

La doctora salió del gabinete y, por fortuna para Ray, siguió por

la parte opuesta a la que él se encontraba.

Winters entró rápidamente en el gabinete.

—Hola, renacuajo.

El pequeño lo miró con ojos asustados.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Jim *el Apisonadora*. Se le ocurrió a un tipo. ¿Y sabes por qué? Porque tipo sobre el que caigo, lo dejo convertido en una lámina.

Rock, el cómplice de Carson, tragó saliva.

—¿Qué quiere de mí?

—Vas a soltar la verdad a la doctora.

—¿Qué verdad?

—Que tú no eres Berty, que George Olsen es sólo un estafador, y que os habéis llegado aquí para haceros con la herencia de Carroll.

—Por lo que más quiera, señor Apisonadora, no me haga decir eso. El señor Carson me ha prometido que si le fallo, me hará un nudo en el cuello.

—Yo te convertiré ahora mismo en pulpa —Ray sacó el revólver, con el que apuntó al pequeñajo—. Decídete de una vez.

—No tire, Jim… Haré lo que usted me diga…

—Sólo tienes que confesar la verdad.

—Sí, señor.

—Yo estaré detrás de esas cortinas, por si acaso. ¿Entendido?

—No hace falta que se quede.

—Claro que me quedaré. De esa forma, si me fallas, te ejecutaré en un segundo.

Ray se dirigió hacia las cortinas, escondióse y dijo:

—Mi revólver te está apuntando, muchacho. Procura realizar bien el número.

—Pierda, cuidado, señor Apisonadora. Quedará contento.

Al cabo de un rato, regresó Kim del sótano, portando un frasco.

—Ya lo tenemos preparado. Enseguida le doy el toque en la oreja.

El otro tragó saliva.

—Doctora…, he de decirle algo importante.

—¿El qué, Berty?

—Verá usted… —Rock titubeó, recordando la amenaza y miró hacia las cortinas—. Yo quiero decirle que, bueno, yo no soy yo…

—¿De qué está hablando, Berty?

—He sido contratado para ocupar el lugar de Berty Carrol —miró otra vez a las cortinas—. Ésa es la verdad, señorita doctora.

La joven miró las cortinas, y al ver por debajo unos pies, tuvo la explicación de por qué Berty estaba diciendo aquellas cosas tan extrañas.

—Sígame contando, Berty —dijo, y empezó a deslizarse.

—El hombre que usted conoce como Olsen no es Olsen —prosiguió Rock.

De pronto, Kim apartó las cortinas de un manotazo, descubriendo a Ray, quien manejaba el revólver con la diestra.

—Me lo imaginé. Usted oyó lo que me decía el juez, y se las ha arreglado a toda costa para entrar en mi casa. Quería impedir que yo reconociese el verdadero Berty.

—Oh, no.

—Le doy las gracias por haber regresado, porque ahora ya no tengo ninguna necesidad de hacer la prueba con la oreja de ese hombre. Me consta con toda seguridad que es Berty Carrol, el legítimo heredero del viejo Albert. Y ahora salga definitivamente de mi casa.

—Tiene que escucharme, señorita Gainor —dijo Ray, mientras devolvía el revólver a la funda.

—No le escucharé una sola palabra. Por su boca sólo salen mentiras —la joven se dirigió resueltamente hacia una mesa y abrió el cajón. Cuando se volvió tenía en la mano un revólver con el que apuntó a Ray—. Se lo advierto, señor Winters. Si no sale inmediatamente, de aquí apretaré el gatillo. Los tribunales comprenderán que sólo hice que defender a Berty Carrol.

Ray gimió para sus adentros. Todo se había venido abajo. Y lo peor de todo era que la catástrofe la había provocado él mismo.

—Muy bien, señorita Gainor. Ya me voy.

Ella fue tras él hasta la puerta de la calle.

Ray se volvió en el porche.

—Quisiera decirle…

—Adiós para siempre, señor Winters —repuso Kim, y cerró la puerta de golpe.

El joven quedó con la palabra en la boca. Permaneció así un rato y, finalmente, echó a andar hacia la calle, apretando fuertemente

los puños.

CAPÍTULO XI

Ray Winters caminaba furioso por la acera, en dirección al hotel de la Paz.

De pronto, tropezó con alguien que salía de un *saloon.*

—Eh, ¿qué infiernos hace? —dijo una voz ronca.

—Ha sido culpa suya, amigo —replicó Ray, sin mirarlo a la cara.

—¿Cómo se atreve a decir eso, bastardo?

Fue entonces cuando dedicó su atención a la cara del tipo. Era alargada, de sienes hundidas y nariz ganchuda, y sus ojos eran muy grandes y brillaban mucho.

Supo al instante quién era aquel hombre.

Se trataba de Basil *Tres Ojos*, el pistolero alquilado por Vincent Carson para retirarlo de la circulación.

—¿Cuánto le han pagado, Tres Ojos?

—¿Qué dice?

—Ya ha oído la pregunta.

—Así que me conoce.

—Tuve noticias de usted hace poco.

—Va a seguir sabiendo de mí… por poco tiempo.

—¿Cuánto, Tres Ojos?

—Un minuto. Le concedo un minuto de vida.

—Gracias por el regalo.

—Aproveche bien esos sesenta segundos.

—¿Cómo debo aprovecharlos, Tres Ojos?

—Recordando las cosas agradables. Ése es el consejo que siempre doy a mis víctimas.

—¿Y qué hace usted durante ese minuto?

—Pienso en la mujer que me está esperando.

—Siempre hay una mujer que le espera, ¿eh?

—Sí, siempre.
—¿Cómo se llama la de aquí?
—Martha.
—¿Bonita?
—Tiene más curvas de las que un hombre puede desear. Todo un portento.
—No la volverá a ver, Tres Ojos.
—¿Cómo?
—Ya lo ha oído. No volverá a medir esas curvas.
—Está loco, Winters —rió el pistolero profesional.
—Ya no habrá ninguna mujer que le espere.
—Si no fuese porque esto es una cosa seria, me desternillaría de risa.
—No tiene ganas de reír porque no le hace ninguna gracia.
Y era cierto. El pistolero estaba un poco confuso. Nunca había encontrado a nadie que le hablase en la forma que lo estaba haciendo Ray.
—¿Sabe una cosa, Winters? Ya han pasado treinta segundos.
—Sí, falta la otra mitad. Aprovéchela, Tres Ojos, y piense en cosas agradables.
—¿Eh?
—Es lo que recomiendo siempre a mis víctimas.
—¿Qué hace usted mientras tanto? —inquirió el pistolero, hecho un lío.
—Pienso en la mujer que me espera.
Tres Ojos balbució algo incoherente. Los papeles se habían cambiado. Aquello era algo completamente absurdo.
—Maldito sea, Winters. Se está burlando de mí.
—¿Usted cree?
—Aquí tiene el premio.
Tres Ojos desenfundó.
Pero Ray no quedó a la zaga y fue su revólver el que primero soltó el chorro de plomo.
Basil fue alcanzado en el vientre y se arrugó justo cuando apretaba el gatillo. Su bala se sepultó en los tablones de la acera.
Dio un traspié y cayó de bruces en el polvo, pero no estaba muerto. Volvió la cabeza hacia el hombre que le había dado la medicina.

—¿Cómo lo ha hecho, Winters…? Usted…, usted me ha sacado de quicio.

—Tiene muy poca correa, Tres Ojos, y eso le ha costado la vida.

Tres Ojos se mordió el labio inferior con fuerza porque le dolía mucho el estómago.

—¡Oh! —gritó—. Las curvas de Martha.

Y después de decir eso, enterró la cara en el polvo y murió.

Por la puerta del *saloon* salieron tres hombres. Al frente de ellos estaba el *sheriff* Dale Young.

Los tres hombres se quedaron quietos viendo el cadáver que había en el polvo.

—Infiernos, jefe —exclamó un tipo que también portaba una estrella en el pecho—. ¡Es Tres Ojos!

El de la placa alzó la mirada del cadáver para detenerla en la figura de Ray.

—Señor Winters, usted es el hombre de las sorpresas.

—Es la mejor definición que han hecho de mí. Le felicito, *sheriff*.

—¿Por qué se ha peleado con Tres Ojos?

—Ya se lo advertí. Tenemos muchos enemigos.

—¿Quiere decir que estaba relacionado con lo de la herencia de Carrol?

—No tenga ninguna duda de ello, *sheriff*.

—Infiernos, menudo jaleo armó el viejo con su testamento.

Winters le pasó el brazo por los hombros.

—Venga conmigo. Quiero decirle algo confidencialmente.

Se apartaron unas yardas hasta llegar a la esquina de la casa y entonces Winters dijo:

—¿Sabe que nos la han jugado, *sheriff*?

—¿Qué dice?

—Se ha dejado caer por aquí un tipo llamado Vincent Carson. Quizá haya oído hablar de él.

—Vincent Carson… Tengo un cajón de la oficina lleno de requerimientos. Dígame dónde está, y lo cazo ahora mismo.

—Tenga paciencia. Vincent Carson se hace llamar George Olsen y ha venido a Fast Hill para hacerse con la herencia de Carol.

—¡No, condenación!

—Es la pura verdad, *sheriff*. Se agenció a un pequeñajo que se parece un poco al difunto Carrol y pretende hacerlo pasar por Berty.

La doctora Gainor le ha dado el visto bueno.

El de la placa agrandó los ojos.

—Entonces, ¿qué va a ser de ustedes?

—Nos hemos quedado en la mayor miseria. Ahora me dirigía al hotel a decírselo al propio Berty.

—¡Vive el cielo que no lo consentiré!

—Me temo que usted no va a conseguir nada.

—¿Quién dice que no? ¡Soy el *sheriff* de Fast Hill!

Ray le dio dos palmadas a la espalda.

—Es el *sheriff*, pero Vincent Carson es demasiado listo para usted.

—Yo le probaré que se equivoca, señor Winters.

—Si tiene algo que decirme ya sabe dónde encontrarme. Hasta luego, *sheriff*.

El joven se apartó del representante de la ley y poco después se introducía en la habitación que compartía con Mark Damon.

Phil estaba haciendo un solitario sobre la cama, y Damon tendido en el otro lecho.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó Phil.

—Todo salió mal.

—No me digas que tu perfume no valió.

—Vincent Carson hizo un juego. Presentó al otro Berty, y ha conseguido que le crean.

Mark Damon se irguió en la cama de un salto, señalándose la oreja horadada.

—¿Quieres decir que me habéis hecho este agujero por nada?

—Sí, Mark. Así están las cosas.

—Bueno —intervino Phil—. Después de todo, ya oíste a Ray. Te pones un aro en la oreja y las mujeres caerán rendidas en tus brazos.

—¡Al infierno con eso! —exclamó Mark—. Las mujeres prefieren el dinero a las orejas con aro.

—Vas despertando, Mark —asintió Ray, mientras paseaba por la habitación.

Phil recogió los naipes de la cama, mientras decía:

—Oímos unos disparos antes.

—Liquidé a Tres Ojos.

—¿Qué treta utilizaste?

—Le robé la de él y eso le puso nervioso. Para cuando fue a apretar el gatillo, ya tenía el plomo dentro del cuerpo.

Phil dio un suspiro.

—Bueno, si todo salió bien y los tres estamos vivos, nos podemos dar por satisfechos.

—Yo, no —dijo Ray.

—¿Y qué le vas a hacer, compañero? Acabas de decir que han aceptado al Berty Carrol de Carson. No se puede ir contra la mala suerte. Lo aprendí hace muchos años. Pero os tengo preparada una sorpresa.

—¿De qué se trata?

—Tengo otro negocio en perspectiva. En la región del Brazos pagan tres dólares diarios a los *cow-boys* que quieran arrear ganado hacia Wichita. Me lo dijo un amigo que se dirige hacia allá. Saldrá mañana al amanecer. Nos iremos con él.

—No nos iremos —repuso Ray.

—¿Por qué no? —preguntó Phil.

—El de la placa está de nuestra parte. He hablado con él y está dispuesto a echarnos una mano.

—Caramba —sonrió Mark—. Eso es bueno, ¿eh, Phil?

—Me gustaría comprobar que es cierto.

—Claro que lo es —dijo Ray—. Y ya puedes estar seguro de que a estas horas quizá le esté ajustando las cuentas a Carson. Le dije que Vincent estaba aquí, y él mismo me ha confesado que tiene un montón de requerimientos contra Carson. Seguro que se quiere cubrir de gloria.

Phil empezó a hacer otro solitario.

Ray se quedó a torso desnudo y se lavó en el lavabo.

Se estaba secando cuando la puerta se abrió de golpe y el *sheriff* Young entró en la habitación, seguido de su ayudante.

—Hola, *sheriff* —lo saludó alegremente Ray.

Dale Young se detuvo, mirando muy serio a los tres hombres que compartían la habitación. Dejó para último lugar a Mark.

—Conque usted era Berty Carrol, ¿eh?

—Claro que sí, *sheriff*, ¿no se acuerda…? —repuso Mark.

—¡Cállese, condenación, o no respondo de lo que haga!

Phil Hillman soltó una risita, dirigiéndose a Ray:

—Enhorabuena, muchacho. El *sheriff* era nuestro amigo.

Winters se acercó al representante de la ley.

—Eh, ¿qué es lo que pasa, *sheriff*?

Young lo miró con ojos relampagueantes de cólera.

—Me la ha querido pegar, ¿eh, Winters? Se equivocó conmigo. He estado hablando con el juez y con la doctora Gainor. Ellos me han dicho quién es el verdadero Berty.

Ray se echó a reír.

—De modo que también es usted de los primos.

—No le consiento insultos a la autoridad, Winters.

—Y me va a decir también que George Olsen no es Vincent Carson.

—Naturalmente que no lo es. Olsen me ha presentado un documento que lo acredita como ranchero de la región del Pandhale.

—Ya puede estar seguro de que es una credencial falsificada. ¿Es que no recuerda que Carson es un estafador? Debe estar provisto de un montón de documentos para justificar sus distintas personalidades.

—Esta vez no conseguirá engañarme, Winters. Y no hace falta que continúe.

—Muy bien. Punto final.

—Voy a tener en cuenta lo que ha hecho usted aquí al retirar de la circulación a unos cuantos forajidos, entre ellos al peligroso Tres Ojos.

—Que fue contratado por Carson, no lo olvide.

—No me hable de eso nunca más, Winters. Lo que quería decirle es que no lo voy a detener… a menos que continúen mañana al amanecer en esta ciudad.

—Muy generoso, *sheriff*.

—Lárguense esta noche y olvídense de Fast Hill.

Phil habló desde la cama:

—No se preocupe, *sheriff*. Nos marcharemos.

El representante de la ley arrugó la nariz, olfateando la habitación y finalmente hizo una señal a su ayudante y los dos salieron de la estancia.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Mark soltó un gimiendo, dejándose caer en el lecho.

—Santo cielo, toda mi vida me acordaré de esto porque siempre tendré la oreja horadada.

Phil miró a Ray.

—¿Qué dices ahora?

—Está bien, nos vamos. ¿Cuánto dijiste que ganaban los *cow-boys* en ese lugar?

—Tres dólares.

—Recuérdame que con mi primer sueldo compre una buena cuerda de cáñamo que me pueda sostener desde una rama.

Phil recogió los naipes.

—Sería mejor que nos largásemos ahora mismo… ¿Corriente, chicos?

Mark y Ray rezongaron una afirmación.

Winters se cubrió con la camisa y la chaqueta.

De repente la puerta se abrió silenciosamente y los tres miraron hacia aquel lado.

Acababa de entrar un hombre de mediana estatura, un poco rollizo. Era un personaje la mar de cómico. Tenía el vientre muy abultado, la cara redonda y unas largas melenas que le cubrían los dos costados de la cara.

Mark soltó una risotada.

—¿De dónde sale este tipo?

El recién llegado dejó oír una voz extrañamente lúgubre:

—De la tumba, amigo, de la tumba.

Mark retrocedió de un salto.

—Ray, se ha escapado un loco…

El recién llegado se despojó del sombrero y miró de hito en hito a los tres hombres.

—De modo que ustedes son los tipos que se creyeron tan listos.

—Eh, oiga —dijo Ray—. No compramos nada. Será mejor que siga buscando clientes por las habitaciones.

—Yo no vendo. Compro.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que compra?

—Los quiero comprar a ustedes.

—¿A cómo está la libra de carne en el mercado, hermano?

Phil Hillman rompió a reír.

—Les pagaré dos mil dólares a cada uno.

Mark se cogió los riñones.

—¿Has oído eso, Ray? Ese tipo dice que nos da dos mil dólares a cada uno. Me voy a mondar de risa. Juro que no debe llevar más de cinco dólares en el bolsillo. ¿No le ves el traje raído que lleva, y los pantalones llenos de remiendos, y el sombrero deshilachado…? Pero asegura que nos va a dar dos mil dólares a cada uno.

—Exactamente, caballeros. Les daré dos mil dólares a cada uno porque, sépanlo de una vez: yo soy el verdadero Berty Carrol.

Y diciendo esto, se despojó de las melenas, porque resultó que era una peluca, y señaló con la otra mano su oreja izquierda, una oreja que estaba horadada.

CAPÍTULO XII

Mark se desplomó en el suelo, víctima de un ataque de risa.

—¡Madre mía, que me muero...! ¡Otro Berty Carrol! Apuesto a que todavía están por llegar docenas de tipos que se han horadado la oreja... Por lo que más quieras, Ray, dile que se vaya o me dará un ataque al corazón...

Phil hizo una mueca:

—Oiga, hermano, ¿cuál es su verdadero nombre?

—Berty Carrol.

—Me refiero al otro.

—Berty Carrol.

Se aprendió muy bien la lección, pero en fin, le diré otra cosa. Eso mismo que usted ha pensado se le ocurrió a otros muchos.

—A mí no se me ha ocurrido nada. Me informé por la Prensa de que aquí existía una herencia que me estaba esperando y me apresuré a venir. Sólo ocurrió que me pilló un poco lejos.

—Imaginaba que iba a contarnos una historia parecida.

—No es ninguna historia de mi invención.

—Claro, usted qué va a decir.

Ray se acercó al gordito.

—Oiga, amigo, yo le voy a creer por un momento.

—Muchas gracias, señor Winters.

—¿Por qué se ha dirigido a nosotros?

—Al llegar aquí esta mañana me informé que había un Berty Carrol y luego supe que había otro. No conozco el manejo de las armas, y por eso no llevo ninguna. Imaginé que si me daba a conocer duraría menos que un caramelo a las puertas de un colegio. Pero tampoco tenía dinero para contratar a pistoleros que hiciesen valer mis derechos. Además, esos procedimientos nunca me han

gustado. Me desanimé tanto que decidí marcharme mañana y abandonar la herencia que legítimamente me pertenece. Al menos, conservaría la vida. Pero hace un rato fui testigo de su duelo con Tres Ojos. Me las arreglé para preguntarle al ayudante del *sheriff*, y él me informó de algo, y hace un rato acabó de contarme la historia. Me dijo que ustedes habían sido descubiertos y que el verdadero Carrol era el pequeñajo que había venido acompañado por un tal George Olsen. El *sheriff* y el ayudante vinieron aquí. Hablé de nuevo con el ayudante. Me dijo que su jefe les había dado un plazo para largarse de esta ciudad. Así las cosas, yo pensé que podía llegarme ante usted y contarles la verdad.

—Voy a seguir aceptando esa verdad, señor Carrol. Pero, dígame, aparte de esa oreja horadada, ¿tiene alguna prueba más para acreditar su personalidad?

—No, señor. Ninguna.

Mark rió otra vez.

—Ya os dije que el tipo era muy gracioso.

Phil Hillman intervino:

—Díganos una cosa, compañero, ¿cómo sabe usted, entonces, que es realmente Berty Carrol?

—Es el único nombre que conozco. Perdí a mi madre cuando yo tenía seis años, pero siempre me llamó así. Berty Carrol. Le pregunté muchas veces por mi padre, pero no me dijo quién era. Después, he andado por el mundo, más siempre he sido Berty Carrol, aun que no sabía dónde encontrar el resto de mi familia.

Mark había dejado ya de reír.

—Canastos. ¿Qué dices tú, Ray?

—A ver, compañero, déjeme que le vea la oreja.

—Está a su disposición —dijo el otro y agachó la cabeza.

Ray examinó la oreja horadada. Ya entendía mucho de cicatrices y, efectivamente, le pareció que aquélla databa de largos años.

—Bueno, no soy yo quien tiene que decir la última palabra. Vamos.

—¿Adónde?

—Sígame y calle.

—Entonces, ¿aceptan mi contrato?

—No, señor Carrol. Todavía no, porque para aceptar tendrá que pagarnos cinco mil a cada uno.

—¿No le parece demasiado dinero?

—Usted añora no tiene nada, pero luego manejará los billetes a paletadas. Es justo que nosotros disfrutemos de una porción.

—Pero sólo se trata de un acto de justicia. ¿No les emociona a ustedes luchar por una causa tan honrada? Ustedes, caballeros, no saben lo que yo he pasado por la vida.

—Oiga, no nos llore. Nosotros también hemos pasado mucho, y por eso hemos de aprovechar nuestra oportunidad para no seguir pasando.

—Está bien, muchachos. Cinco mil para cada uno.

Mark exclamó:

—¡Un hurra por Ray!

Phil Hillman sacó su revólver y lo hizo girar en el dedo índice.

—Por cinco mil dólares soy capaz de enfrentarme con Carson y todos los pistoleros que pueda contratar.

—Vosotros dos esperad aquí —dijo Ray—. Berty y yo nos vamos a ver a la doctora.

Minutos más tarde, Ray Winters se encontraba en el porche de la casa de Kim Gainor.

Ray golpeó con el aldabón y luego hizo un guiño a Berty.

Todo estaba a oscuras.

Se encendió una de las ventanas del piso superior y ésta se abrió. La doctora Gainor apareció con la cabeza llena de bigudíes.

—¿Quién es?

—Soy yo, doctora. Ray Winters.

—¿Usted? ¿Qué hace ahí? ¡Lárguese!

—Le traigo una sorpresa, doctora.

—No quiero que me de ninguna sorpresa. Para ser exactos, no quiero saber nada de usted.

—Vamos, abra, doctora. Es muy importante.

—Dígame primero de qué se trata.

—De usted y de mí.

—¿Otra vez?

—Ahora no hay ningún interés pecuniario por medio. El *sheriff* me dio de plazo unas cuantas horas para abandonar la ciudad.

—Ya lo sé.

—He venido a despedirme.

—¿Sólo…, a despedirse?

—Naturalmente.

La joven titubeó unos instantes.

—Está bien, ahora bajo.

Kim se retiró de la ventana y entonces Ray habló a Berty, que había permanecido junto a la puerta, envuelto en las sombras.

—Oiga, Berty, apártese de aquí. Ha de colocarse junto a aquella ventana. Es la que da al gabinete de la doctora. Yo me las arreglaré para abrirla, y entonces usted se colará dentro.

—¿Por qué tanto jaleo?

—Es necesario. Sólo así podremos conseguir que la doctora eche un vistazo a su oreja.

—Me parece muy complicado, pero si usted lo dice…

—Ande, hágase humo de aquí.

Berty Carrol sacudió la cabeza en sentido afirmativo y bajó del porche, yendo hacia el lugar que Ray le había señalado.

La doctora Gainor invirtió aún cinco minutos en abrir la puerta. Cuando lo hizo, en su cabeza no tenía un solo bigudí, y se cubría con una bata de color verdoso que la ceñía mucho.

Estaba tan hermosa, que Ray sintió repentinamente la garganta seca.

Ella cruzó los brazos, sin moverse del hueco.

—Bueno, señor Winters, ya puede despedirse.

—¿Aquí mismo?

—Sí.

—Por favor, señorita Gainor, me encuentro un poco resfriado y aquí corre el aire que da gusto. ¿Le da lo mismo que nos despidamos ahí dentro?

La joven permaneció unos instantes en silencio y finalmente concedió:

—Está bien, pase, pero le concedo un minuto.

—Igual que Tres Ojos.

La joven levantó la barbilla.

—¿Me quieres comparar a un pistolero?

—Estaba pensando en voz alta, señorita Gainor.

—Ya me informé de su duelo con Tres Ojos.

Ray había entrado en el vestíbulo.

—¿Y no le prueba eso nada, señorita Gainor?

—Sólo una cosa.

—¿El qué?

—Que es usted un hombre del que una no se debe fiar.

Él hizo chascar la lengua.

—¿Cambiamos de tema, señorita Gainor?

—Es lo mejor.

—Quiero confesarle una cosa. Ahora completamente en serio. Sin perfume y sin iones.

—Le escucho, señor Winters.

—Es usted maravillosa, y se me ha metido en la sangre.

—No diga tonterías.

—No digo tonterías. Es la pura verdad. Usted es la mujer que he presentido desde que tengo uso de razón, la mujer con la que he soñado siempre.

Se fue acercando a ella a medida que hablaba. Kim fue retrocediendo, pero al fin no pudo hacerlo más porque tras sí encontró la pared.

—Tenga cuidado, señor Winters.

Él levantó una mano, y ella retiró la cara. Ray quedó en suspenso un momento, pero luego, al ver que Kim se estaba quieta, bajo la mano y se la apoyó en la mejilla. La acarició suavemente.

—Sí, es cierto. Parece terciopelo…

—¡Señor Winters!

Él subió la otra mano y la tomó por el brazo.

—Kim…

—Creo que la despedida está durando demasiado.

—Adorada, Kim…

La atrapó por la cintura y tiró de ella.

Se produjo el beso.

Al cabo de un rato, ella se separó.

—Oh, señor Winters… No debió haber incluido esto en la despedida.

—Te quiero, Kim, te quiero…

—No debe decir esas cosas sin sentirlas…

—Las siento.

—¿De veras? —dijo ella y sonrió—. ¿Es cierto?

—Lo juro, Kim. Te quiero más que a nada en el mundo.

—Entonces, ¿serías capaz de casarte conmigo, Ray?

—Ésa era mi pregunta. Dime tú que consientes, y nos casaremos.

—¡Claro que consiento! —exclamó Kim, con la cara llena de felicidad.

Él la apretó otra vez contra sí y la volvió a besar.

Cuando se separaron, Kim dijo:

—Oh, Ray, tenemos que contarnos muchas cosas… Voy a calentar un poco de café.

—Sí, querida.

—Anda, pasa al gabinete.

El joven entró en la habitación donde ella celebraba sus consultas. Kim le tiró un beso al aire y se marchó hacia la cocina.

Entonces, el joven se acercó rápidamente a la ventana y la abrió.

Oyó unos pasos y luego apareció Berty Carrol.

—Vamos, entre.

Pero Berty era demasiado gordito para dar el salto hasta el alféizar, y tuvo que ayudarlo para que entrase en la habitación. Lo hizo con tan mala fortuna que le rasgó los pantalones por los cuartos traseros.

—Escóndase tras de las cortinas, Berty.

El gordito corrió a saltos hasta las cortinas y se escondió.

—No salga hasta que yo le diga, Berty.

Carrol emitió un gruñido de asentimiento.

Al cabo de unos minutos, Kim Gainor entró en el gabinete, portando una bandeja donde había dos tazas de café. Después de dejarlas en la mesa, se sentó al lado de Ray, en el diván destinado a los clientes, justo donde habían estado unas horas antes.

Winters le tomó una mano entre las suyas y la apretó suavemente, mientras preguntaba:

—¿Por qué se te ocurrió estudiar Medicina, Kim?

—Mi padre fue doctor y desde muy pequeña sentí afición por todo lo que él hacía por sus semejantes.

—Gran muchacha.

—Anda, toma el café. Se te va a enfriar.

Él bebió un trago, y luego, dijo:

—Es formidable hacer algo por nuestros semejantes.

—Sí, Ray.

—A mí también me gustaría hacer algo por el prójimo.

—Te sientes culpable, ¿verdad?

—Sí, ésa es la verdad. Phil y yo ideamos lo de hacer pasar a

Mark por Berty Carrol. Fue una engañifa. No, no estuvo nada bien.

—Celebro que estés arrepentido.

—Pero eso no basta, Kim. Para borrar nuestra mancha deberíamos ayudar al verdadero Berty Carrol.

—Me parece una idea magnífica. Ve al hotel donde se hospeda ese hombre y preséntale tus disculpas.

—No hace falta que vaya a ningún hotel porque él está aquí.

—¿Cómo?

—Berty Carrol está aquí —repitió Ray.

Winters se dirigió a las cortinas y las apartó de golpe, dejando ver al hombre gordito.

Éste, un poco encogido, levantó una mano y movió los dedos a guisa de saludo.

—¿Cómo está doctora Gainor?

La joven se había quedado boquiabierta.

Ray dijo con aire solemne:

—Kim, te presento al verdadero Berty.

La joven se levantó y lo hizo tan bruscamente que volcó la bandeja con todo su contenido.

—¿Cómo he sido tan estúpida como para creerte, Ray Winters…? ¡Me has hablado de amor, de que me querías!

—Y es verdad.

—¡Querías casarte conmigo!

—Y es cierto.

—¡Estabas arrepentido!

—Lo juro.

—¡Cuentos, historias, fábulas…! Fracasaste con ese amigo tuyo, Mark, y enseguida has buscado a otro hombre con la oreja horadada. Sólo piensas en el dinero, en lograr esa herencia, al precio que sea.

—Oh, no, Kim, te aseguro que es Berty Carrol, y, además, yo no lo he buscado. Es él quien me ha buscado a mí.

—Da lo mismo. Es otro estafador.

—¡Por lo que más quieras, Kim, calla un momento y escúchame!

—¡No quiero escuchar!

—¡Me escucharás, aunque tenga que pegarte una azotaina!

—¿Cómo?

—¡Ya lo has oído! —gritó Ray, exasperado.

—No sirve de nada, Ray. El viejo Rodney reconoció al Berty que trajo el señor Olsen.

—Rodney no tuvo más remedio que hacer esa comedia porque Vincent Carson, alias Olsen, lo amenazó con la muerte.

—No te creo.

—Te lo demostraré, trayéndote aquí al viejo Rodney. Mientras tanto, si no te cuesta trabajo, vete examinando la oreja de este hombre.

Ray salió por la ventana.

Se introdujo en dos *saloons* sin encontrar a Rodney, pero lo halló en el tercero, sentado a una mesa en alegre plática con una *girl* de cabello rojizo.

Rodney dio un salto al ver al joven.

—¡Eh, Ray, no me haga nada…! ¡Las cosas se complicaron…!

—Vete, muchacha.

La *girl* fue a protestar, pero Winters le dejó caer una moneda de dólar en el escote, y entonces ella consintió en largarse.

El joven ocupó su silla.

Rodney fue a levantarse, pero Ray lo tomó de la muñeca.

—Quieto, abuelo.

—Le juro que no tuve más remedio que hacerlo.

—Ya lo sé.

Rodney sonrió.

—Usted es un hombre comprensivo, Winters, por eso triunfa en la vida.

—Quiero triunfar también aquí.

—¿Qué quiere decir?

—Tenemos al verdadero Berty.

El abuelo hizo una mueca de tristeza.

—No puedo hacer eso, Ray. Su amigo Mark tendrá que dedicarse a trabajar en el circo con su oreja horadada.

—No se trata de Mark, sino del verdadero Berty.

—Ya entiendo, otros vivales.

—No, Rodney, no. Esta vez es muy serio.

—Bueno, ¿qué quiere de mí? No me cuesta ningún trabajo identificarlo. Si usted quiere que sea Berty Carrol, será Berty Carrol.

Ray dio un suspiro.

—Oiga, usted conoció al pequeño Berty.

—Sí, desde luego.

—¿Por qué no intenta recordar?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Aparte de la oreja horadada, ¿no había otra señal en su cuerpo?

—No, ninguna… ¿Le parece aún poco el agujero de la oreja?

—Está bien, Rodney. Vamos a casa de la doctora. Esta vez no se trata de ninguna trampa. Estamos en presencia del verdadero Berty Carrol. Se lo puedo asegurar.

Los dos hombres se pusieron en pie y salieron del local, encaminándose a la casa de Kim Gainor.

Un hombre estaba escondido en las sombras de la calleja ubicada frente al *saloon*.

Poseía unos ojos muy brillantes, que siguieron a Ray por toda la acera hasta que se perdió a lo lejos. Luego, aquel hombre se sumió otra vez en la penumbra, mientras escapaba de su garganta una risa cavernosa.

CAPÍTULO XIII

Spencer Wiman entró como un ciclón en la estancia donde se encontraba George Olsen, en compañía de su Berty Carrol particular, el pequeñajo Rock.

—Jefe, otra vez se complican las cosas.

—¿Qué pasa, Spencer? —Gruñó Carson.

—Ray Winters.

—El *sheriff* me dijo que lo ha amenazado para que esta noche abandone la ciudad.

—Atrapó al viejo Rodney en el *saloon* y los dos se fueron hacia la casa de la señorita Gainor.

—La doctora está ya cansada de Ray Winters y sabe qué clase de tipo es.

—Me falta decirle lo mejor.

—¿El qué?

—Hay otro tipo con la oreja horadada.

—¿Otro?

—Sí, señor. Lo vi en compañía de Ray Winters. Usted me dijo que estuviese con los ojos bien abiertos y que siguiese a Winters donde quiera que fuese. Pues bien, salió con ese tipo nuevo del hotel, pero luego ocurrió lo más chocante. Winters entró con la señorita Gainor y el otro se quedó fuera, junto a una ventana. Al cabo de un rato, Ray le abrió la ventana a su cómplice.

Carson saltó de la cama.

—¡Maldita sea! ¡Eso es una confabulación! ¡Y ya estoy harto de Ray Winters!

La puerta se abrió de golpe y un hombre entró en la estancia.

—Ya somos dos.

El tipo era de cabello rojizo y cara pecosa.

Vincent Carson llevó la mano al revólver, pero el recién llegado hizo un movimiento rápido con la diestra y lo apuntó con su «Colt».

—Cuidado, señor Carson. Trate de sacar y lo aso.

El pequeñajo se escondió debajo de la sábana.

Spencer Wiman levantó sus gruesos puños.

—Largo de aquí antes de que te machaque.

El visitante sonrió.

—No pierdan los estribos, muchachos. Nuestros intereses son comunes. Ya lo dije antes, señor Carson. Odio con todas mis fuerzas a Winters.

—¿Quién es usted?

—Billy *Rojo*.

—El pistolero.

—Sí, Carson. Se la tengo jurada a Winters, y he venido hasta aquí, pisándole los talones.

El muy bastardo me entregó a un *sheriff*, pero las cárceles no se han hecho para mí. Es la séptima vez que me escapo.

Carson se acarició el mentón.

—De modo que quiere acabar con Winters.

—Lo vi salir del *saloon*, acompañado de un viejo, y también me di cuenta de que este gigantón espiaba a Winters. Conozco bien a Ray y sé que si se ha llegado por Fast Hill, es por asunto de dinero. De modo que he pensado en sacar unos cuantos dólares, de paso que lo mando al infierno.

—Eres muy inteligente, Billy.

—Me puse detrás de esa puerta y escuché durante un rato. Reconocí su voz enseguida.

—¿Sí?

—Una vez en Kansas lo oí hablar en la esquina de una calle. Fue muy gracioso. Usted vendía acciones de la mina Anaconda. Prometía a los compradores una ganancia de un mil por cien.

—¿Picaste tú, Rojo?

—Oh, no, yo no, pero le diré la razón. Estaba sin blanca.

Carson soltó una risotada.

—Gracias, Rojo. Resulta halagador que la gente opine así de uno.

—Vayamos al grano, ¿cuánto da por la piel de Winters?

—Quinientos.

—Usted compra muy barato.

—Mil.

—Nones.

—¿Cuánto quieres, Billy?

—Tres mil.

—¿No te parece demasiado dinero por el pellejo de un bastardo?

—Ray Winters es un bastardo de clase extra.

—Sí, en eso estamos de acuerdo.

—¿Entonces…?

—Muy bien, Billy. Tendrás los tres mil dólares.

—No hay más que hablar.

—Pero espera un momento. No quiero que te precipites. Sé dónde está Winters ahora.

—Yo también, en casa de un tal doctor Gainor. Recuerde que escuché por la puerta.

—¿Lo vas a hacer de frente?

—Ni hablar. Le voy a meter un par de balas en el espinazo y, naturalmente, tendrá que ser por la espalda.

—Eso me gusta mucho más. Estoy cansado de los tipos que se creen muy grandes y que se enfrentan cara a cara. Tú eres de los míos, Billy. Me voy a dejar caer por la casa del doctor. Tú estarás escondido entre los arbustos del jardín Primero quiero hablar con Winters. Tú te acercas a la ventana y le sacudes plomo.

—Caramba, eso está bien pensado.

—Primero saldré yo, y tú me sigues.

—Sí, Carson.

—Vamos ya.

—Esta cicatriz parece muy antigua —dijo Kim Gainor.

Rodney sonrió.

—Ya se lo he dicho, doctora. Éste es el genuino Berty Carrol.

—Lo mismo dijiste las dos veces anteriores.

Rodney tosió repentinamente.

—Uno a veces no tiene más remedio que decir ciertas cosas.

La puerta exterior se abrió de golpe y un hombre penetró en la casa a grandes zancadas.

El llamado George Olsen irrumpió en la estancia precipitadamente:

—¡Alto, doctora…! ¡Esto es una superchería!

Ray Winters soltó una risita.

—Hola, Carson.

—No soy Carson. Mi nombre es George Olsen.

—Lo será para ciertas gentes. Para mí es Vincent Carson.

—De modo que usted es Winters.

—Ahora que estamos presentados, le diré una cosa, Carson. Tendrá que ahuecar el ala de aquí.

El aludido soltó una risotada.

—¿Con quién se cree que está hablando? ¿Con uno de esos palurdos a quienes engaña ignominiosamente?

—Eso en su boca resulta un buen chiste. Usted, Carson, que ha engañado a más gente que un senador.

—Winters, se lo voy a decir por última vez. Apártese de mi camino.

—Es justo lo que yo le iba a decir. Apártese del mío.

—Por lo visto, no nos ponemos de acuerdo.

—Eso no podría ocurrir nunca entre usted y yo.

Carson empezó a congestionarse.

—No se puede volver atrás, señorita Gainor.

—Por fortuna, no he enviado todavía ningún diagnóstico al juez.

—Dígame cuál va a enviar ahora.

—Traiga al hombre pequeño. Quiero ser justa con usted. También le veré la cicatriz.

Carson no podía acceder a aquello, ya que la oreja de Rock había empeorado durante aquellas horas. Se había hinchado más y más, y ahora había adquirido el tamaño de una patata de Kentucky.

Miró a Winters.

—Todo esto lo ha tramado usted.

—Ahora sirvo a la justicia.

—No me haga reír.

—Lo crea o no, es cierto que pensé lo mismo que usted, servirme de un cómplice para apoderarme de la herencia. Pero ahora he elegido el bando bueno.

Carson vio una sombra junto a la ventana. Bien, Billy *Rojo* ya estaba a punto.

Pero no lo estaba Winters, demasiado alejado del hueco por donde debían llegarle las balas.

Carson se dirigió fieramente hacia él para hacerlo retroceder.

—¡Le voy a destrozar la cara, Ray!

Efectivamente, le tiró el puño a la nariz, pero Winters se agachó rápidamente y correspondió con un zurdazo al hígado.

Carson se desplomó en el suelo, dando vueltas como una pelota.

El viejo Rodney tuvo que saltar para no ser derribado por el proyectil humano.

La señorita Gainor se puso a dar gritos:

—¡No consiento que peleen en mi casa…! ¡Por favor, Ray…!

—Fue él quien empezó.

Carson se incorporó de un salto. No; Winters no se había ubicado todavía en el lugar conveniente.

—Esto me lo va a pagar.

—Cuando quiera, Carson.

Era una invitación para que Vincent sacase el revólver, pero lo que hizo éste fue abalanzarse otra vez sobre el joven.

Intercambiaron unos golpes en el centro de la estancia y ahora Carson logró colocar un derechazo en el pómulo de Winters.

Vincent estaba demasiado excitado y no se dio cuenta de que ya su enemigo se hallaba en la buena posición para que Billy *Rojo*, hiciese el resto del trabajo.

Corrió al encuentro de Winters y trató de cazarlo con un gancho.

Ray evitó el golpe y disparó la derecha.

Sonó un terrible chasquido y Carson barrió la mesita rodante donde estaba el instrumental de urgencia.

El gordito Berty Carrol gateó por el suelo, buscando otra vez el refugio de las cortinas.

La doctora Gainor continuaba dando gritos y pidiendo tregua.

De pronto Ray vio por el rabillo del ojo que algo se movía junto a la ventana.

Se agachó rápidamente, al tiempo que impulsaba la culata del revólver hacia abajo.

Eso le salvó la vida.

Se produjo una detonación y una bala silbó, al tiempo que los cristales se rompían.

Luego Billy *Rojo* ya no pudo disparar más porque Ray apretó dos veces el gatillo.

Otras tantas balas golpearon contra la cabeza del asesino, haciéndole desaparecer del hueco.

—¡Cuidado, Ray! —exclamó Kim Gainor.

Winters se dejó caer en el suelo, al tiempo que se revolvía.

Carson había sacado el revólver y se disponía a hacer fuego.

El joven disparó otra vez.

La bala le entró a Carson por la garganta e, instantáneamente, dejó caer el arma en el suelo. Sus ojos se desorbitaron, fijos en el hombre que le había enviado el proyectil. Quiso decir algo, pero le fallaron las fuerzas y se abatió en el piso, irremisiblemente muerto.

Se estaba celebrando el banquete con que las autoridades locales obsequiaban a Berty Carrol.

El juez Patrick, en la presidencia, se levantó y alzó las manos para imponer silencio, cosa que consiguió al cabo de un par de minutos.

—Ciudadanos y amigos todos: Hoy estamos reunidos aquí para celebrar la incorporación a esta comunidad de Berty Carrol, el hijo de ese gran hombre que fue nuestro amigo, el finado Albert.

Ray se levantó y, atrapando por el brazo a Kim, le hizo un guiño.

Los dos se deslizaron silenciosamente y salieron del local.

—¿Qué te pasa, Ray?

—Nunca me han gustado los discursos de los banquetes.

Ella rió.

—A mí tampoco…

—Vámonos a casa.

—Pero ¿qué dirán?

—Que digan lo que quieran.

—Está bien. Pero tendrás que dar otra excusa cuando te pregunten.

—No te preocupes.

Poco después los dos jóvenes entraban en la casa que compartían desde que tres días antes se habían casado.

Ray atrapó a Kim por la cintura.

—¿Te he dicho que eres la mujer más bonita del mundo?

—Sí.

—¿La más maravillosa?

—También.

—Bueno, apuesto a que todavía me quedan muchas cosas que decirte.

—Me gustan más las que me dices con los ojos.

Se miraron, sonrientes, y de pronto ella se puso de puntillas y lo besó en la boca.

En ese instante llamaron a la puerta.

—Kim, apuesto a que es un paciente —gimió Ray.

—Qué remedio me queda…

—Mándalo al diablo.

—Soy el doctor de la localidad.

—¿Por qué la gente no espera un momento mejor para enfermar?

Kim le pellizcó la mejilla y se dirigió a la puerta.

Ray oyó una voz que decía:

—Buenos días, doctora Gainor. Mi nombre es Berty.

Carrol. Fíjese en el agujero de mi oreja. Quiero que me la examine…

Ray oyó un golpe y corrió al vestíbulo. Su mujer estaba desmayada sobre el piso. En el porche había un tipo estrafalario que parpadeaba, mirando a la joven.

—Oiga, señor. Yo no le dije nada, sólo que era Berty Carrol…

—¿Le parece poco?

—¿Cómo dice?

Ray sacó una moneda de cinco dólares y se la arrojó al vagabundo.

—Tome, para *whisky*, compañero. Por cierto, todavía no me ha dicho su nombre.

—Sam…, quiero decir Berty Carrol.

—Buenas noches, Sam.

El vagabundo hizo una mueca de tristeza, pero luego de mirar la moneda, sonrió y dijo:

—Usted es un tipo grande. Hasta la vista.

Entonces, Ray cerró la puerta, tomó a su mujer en brazos y la llevó hacia arriba, por la escalera.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S.A. 

Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS